



Lucía Scosceria

t-quiero.com

Índice

La trayectoria del cuento en el Paraguay
Presentación
El Destello del Trueno
Contraseñas
La cita
Celos que matan
Voz ronca al teléfono
Corra por su vida
Primera comunión
París, París
Diez minutos
No podrá ser
La broma
Cien años pasan pronto
Una lata de cerveza para Gabriel
Feliz cumpleaños
Ángeles, computadoras y relámpagos
Primer e-mail
t-quiero.com

París, París

Nunca había ganado una rifa en mi vida. Así que la primera vez que obtuve un premio fue toda una sorpresa. Un paseo a París con todos los gastos pagados.

Sé que palidecí cuando se nombró la ciudad, pero estoy seguro que nadie se dio cuenta. Pensé en regalar el pasaje a alguno de mis hijos, pero todos tenían problemas de tiempo, trabajo o dinero.

Casi obligado por los parientes me preparo para el viaje. Estamos todos, mis yernos, hijos, nueras y nietos. En un respiro de la cháchara de los varones, que disputan sobre quién gana más dinero trabajando menos o si tal o cual mujer es más fácil o más ardiente en la cama, me alejo del grupo y me dirijo hacia la cocina. Ahí el tema es diferente, pero igualmente aburrido. Alcancé a oír algo de que tal shampoo arruina el pelo y no sé qué modista había hecho un buen trabajo con un saco de terciopelo azul.

Sergio me ve. Sus ojos celestes se iluminan dando a su armónico rostro de ocho años un encanto singular. Le hago un guiño y viene alborozado a mis brazos. Mi nieto es curioso, inteligente y lo amo más que a los demás.

Trato que no se note mucho. Los domingos conversamos por horas cuando vamos a pescar.

Con placer respondo a sus interrogantes, cuyas respuestas son recibidas con avidez. A veces, hace preguntas que no quiero contestar.

-¿Dónde está ahora mi abuelita?

-En el cielo, Sergio, en el cielo.

Y me guardo muy bien de decirle que seguro, seguro, se cocinará en aceite caliente en el infierno, por lo que había hecho treinta años atrás. La muy infame.

La voz de Otilia se oye sonora llamando a todos a la mesa. Mis ojos se fijan en ella. Trato de encontrarle algún rasgo mío, pero sólo veo los ojos celestes de su madre y su nariz recta. No puedo negar que siempre dudé si sería o no mi hija.

En el fondo quería que lo fuera, no por ella, sino por Sergio. ¡Maldita mujer! Tres hijos no fueron suficientes para serme fiel. -68- Pero lo que más me dolió fue que nunca sospeché nada. ¡Cómo pude ser tan ciego! No noté ningún cambio, seguía tan fogosa y cariñosa como siempre. Ella estaba fuera de toda sospecha. Además... ¿cómo iba a desconfiar de mi propio hermano?

-¿Y que harás en París, abuelito?

París, con sus luces, sus edificios, sus museos y artistas por doquier no me traían recuerdos alegres, todo lo contrario, porque ahí había ocurrido todo.

Llevábamos ocho años de casados. Otilia tenía sólo unos meses. Recuerdo ese tiempo que creí feliz. ¡Si hasta trabajé de noche! Claro que ese turno nunca me agradó, pero el doble sueldo que recibía por esas horas extras, no me venía nada mal, especialmente después de la llegada del bebé. Y Fabio, mi hermano menor, que no acababa de encontrar empleo.

-Abuelito, yo quiero ir contigo a París.

-Deja de molestar a tu abuelo, Sergio.

-¡Pero yo también quiero conocer la Torre Eiffel!

-No puedes ahora, mi amor, pero el año que viene, iremos todos juntos, te lo prometo.

Le sonrío y se calla. Todos hablan al mismo tiempo. El sonido de los utensilios parece una orquesta que perdió a su director. ¡Por fin se van todos! Pero regresarán al día siguiente para despedirme en la estación. Otilia recoge los platos ayudada por su marido. Llevo a Sergio a su dormitorio. Contamos juntos las estrellas que se ven desde la ventana abierta, pero antes de acabar la cuenta, se duerme.

Una melancolía creciente me acompaña. Estoy acostumbrado a la soledad. Nada me altera o alegra. Mi corazón es un páramo frío, seco desde muchos años atrás.

El reloj rompe el silencio de la noche con una melodía que me recuerda juegos de mi niñez. «En el puente de Avignon, todos cantan, todos cantan...» y lentas, pausadas, las doce campanadas. También eran las doce cuando volví a casa «esa» noche. Era un día cualquiera, en los que me tocaba horario nocturno, de -69- ocho horas. Ya antes de las veinte no me sentía nada bien, pero lo atribuí al fuerte resfriado que tenía desde la mañana. Firmé la tarjeta de entrada, saludé al capataz y sentí la primera punzada que me dejó sin aliento por varios minutos. Respiré profundamente y me recuperé. Comencé mi tarea. Pero no por mucho tiempo. Unas náuseas tremendas me llevaron a los sanitarios de donde salí tan pálido que el jefe de personal me llevó directamente a la clínica de la patronal. Una vez atendido, previa inyección de un calmante, receta de varios medicamentos y una lista de solicitudes de análisis, volví a casa en taxi.

El aire frío de la noche me reanimó. Caminé con lentitud los veinte metros que me separaban de la puerta del edificio. No sé bien cómo subí los escalones ni cómo llegué al tercer piso. Lo que más recuerdo es el silencio del interior del departamento. Y el sonido irreverente del reloj de pared del comedor. Traté de no hacer ruido para no despertar a los niños. Con suavidad giré el pomo de la puerta que se resistió a ser abierta, por unos segundos, hasta que la silla que se encontraba adosada a ella cedió y cayó, produciendo un estrépito impresionante. La tenue luz del velador teñía de rosa las paredes blancas del dormitorio. La pequeña Otilia dormía beatíficamente en su moisés al lado de la cama matrimonial ocupada por Odile y mi hermano.

No tuvieron tiempo de esconder su desnudez ni su asombro. Por un breve momento, todo pareció detenerse. Mi mujer tenía los ojos desmesuradamente abiertos y sus gruesos labios formaban una «o» tan perfecta que hasta parecía cómica en su estupor. Sentí que algo se rompía dentro de mi pecho. No pude moverme, quedé totalmente inmóvil por unos instantes, los suficientes para que Fabio desapareciera rehuendo mi mirada y ella se pusiera apresuradamente su camisón. Su mirada pasó del asombro al terror en décimas de segundos. Llorando tomó a Otilia y huyó.

Un rugido salió de mi garganta. Con furia infinita destruí todo lo que encontré a mi paso. El espejo de la cómoda me cortó -70- los nudillos y la sangre, alegre y caliente, bailoteó feliz en mis manos.

¡Cruelmente burlado! Mientras me deslomaba trayendo el pan al hogar para

los seres que más amaba, éstos me pagaban con la traición más artera, en mi propia casa, en mi propio lecho. ¡Mi propio hermano!
¿Cuánto tiempo ocurría esto? Tiré las ropas de mi mujer a la calle, destruí las cortinas y los muebles. Los vidrios de la ventana me cortaban los brazos y el rostro. El espejo roto me devolvió la imagen de un ser demencial, lleno de sangre. ¡Sangre! Sólo eso podía limpiar mi honor. Odile debía morir. Ella era la culpable. Me dirigí a la cocina y volví con un gran cuchillo en la mano.

-Papá... ¿Estás despierto todavía?

La voz me sobresalta, me rescata del pasado que me duele todavía.

-Pasa, hija.

-Mañana vendrán todos a despedirte. Será un caos total. Por eso quiero darte esto ahora. Me da un beso en la mejilla y me entrega un paquete. Sé que siempre pensó que no la quería. No sabe por qué soy lejano y frío. Nunca dije a nadie que la razón de mi frialdad eran sus ojos celestes, heredados de Odile. Me recordaba la noche «aquella».

Pero ella no tenía la culpa de nada. Siempre pagó con amor mi indiferencia.

Su cabello rubio claro le cae sobre los hombros en ondas suaves, y su mentón es altivo como el mío, pero también como el de Fabio. ¡Pobre! Murió joven, diez años después de esa noche, en un estúpido accidente de tránsito.

Me llamó para pedirme perdón. Colgué enseguida, como si el teléfono fuera una víbora que quisiera matarme con su veneno. Mi hermano había muerto para mí la noche que salió desnudo de -71- mi alcoba. Mi odio no se disipó ni con su muerte. La noticia me la había traído una joven mujer con un chico en brazos. Y una carta. Seguía pidiendo perdón. La despedí fríamente. Ni miré al supuesto sobrino que llevaba en brazos.

Otilia me abraza y me desea buen viaje.

¿Qué pasa en mi corazón? Siento que me conmuevo. Pero no le digo nada. Quiero decirle que la amo. Pero algo, no sé qué, me lo impide.

Ella parece esperar alguna palabra mía, que no llega. Se retira deseándome buenas noches. Percibo cierta desilusión en su voz antes de cerrar la puerta.

Abro el paquete. Es un reloj de bolsillo con números exageradamente grandes, como a mí me gustan, para ver la hora sin lentes.

Una sensación fuerte me sacude. Con férrea voluntad trato de desecharla. No lo logro, mi derrota se manifiesta con dos lágrimas tibias que nacen y se fugan de mis ojos con prisa. Y el alivio es inmenso.

Prometo decir a Otilia que la quiero, para ver reflejada la alegría en su mirada tan mansa y celeste. La misma que había salvado a Odile de la muerte cuando con el cuchillo en alto, entré a la sala ciego de ira. Ella daba de mamar a Otilia. Ambas me miraron. ¡No pude matarla! Quedé desarmado ante los ojos celestes. Dejé caer el arma al suelo y no dije nada. Me encerré en el baño por horas. Mordía una toalla para que nadie oyera mis sollozos.

El día es hermoso. Todos vienen a despedirme. Antes de abordar el ómnibus, Sergio me abraza fuerte y me dice:

-Vuelve pronto, abuelo, te esperaré para ir a pescar.

Una mujer de unos cincuenta años comienza a hablar como una cotorra.

Normalmente no contesto hasta que se callan, pero me encuentro riendo sin darme cuenta de sus ocurrencias. El -72- ómnibus está lleno. La mayoría personas mayores que no paran de reír.

Los chistes y canciones se suceden hasta la hora del almuerzo. Creí que me había olvidado de reír y de cantar. ¡No lo puedo creer!

Nos detenemos por la noche en un hotel. Después de la cena, tuve que reconocer que me había divertido, que había conocido gente simpática y que había reído y cantado como cualquiera.

Antes de dormir hasta pensé que podía aprender a dejar de odiar.

El odio fue el único castigo que le di a Odile. Y el silencio. Ella se marchitó lentamente, hasta que un día, la muerte se la llevó dejando huérfanos a sus tres hijos. La acompañé en su enfermedad, hasta su muerte. Ella pidió perdón, como muchas veces, pero fui implacable. Sólo vacilé una vez: en su lecho de muerte.

Odile se reducía a un rostro con ojos hundidos y un hilo de voz pidiendo perdón antes de irse. Desvié la vista y no respondí.

Pero el odio se había vuelto un boomerang. Y la amargura que había derramado sobre ella me había aniquilado, me había matado en vida y de rebote había hecho infeliz a todos los que amaba...

Mi sueño fue agitado. Odile caminaba, casi levitaba en una verde pradera, su amplio vestido blanco se ondulaba en el viento a igual que su larga cabellera. Extendía las manos y me llamaba. ¡Por favor, perdóname! Se veía tan bella. Sus ojos celestes llenos de lágrimas me convencían. Y yo la perdonaba. Ella corría hacia mis brazos, como en cámara lenta, pero nunca llegaba, yo iba a su encuentro, pero no podíamos tomarnos de las manos. El sol cálido anuncia un día lleno de luces y alegría. Los pasajeros parecen llenos de vida, como si fueran adolescentes en la excursión de fin de año. Los sentimientos que sentí en mi sueño anoche me dejan una sensación de rara serenidad. ¿Cómo hubiera -73- sido mi vida si la hubiese perdonado?

El panorama que se me apareció en la mente fue majestuoso, como el que ofrecía París desde la Torre Eiffel. Odile en mis brazos, riendo ambos, amándonos, sus grandes ojos sumergidos en los míos, nuestros hijos rodeándonos felices.

¡Qué estúpido fui! Ahora siento no haberla perdonado. Pero ella no está para decirle que estoy arrepentido.

Me siento tan ligero. Como un ave. ¡Qué pesadas eran las cadenas del odio! Ahora soy libre... La gente debajo parece tan pequeña.

Alguien me saluda desde el suelo. Me está llamando. Es una mujer. ¡Es Odile! A pesar del viento oigo perfectamente su voz: el grito de ¡perdón! me llega en forma clara,

-¡Sí, te perdono! Claro que te perdono. Te perdono porque te amo.

Parece llamarme. Quiero ir hacia ella. No me importa que me digan que no puedo subir a ese hierro. Iré con Odile.

¿Pero dónde está? No la veo más en la explanada.

¿Quién es ese niño? ¡Es Sergio! ¿Qué hace aquí? Y lo oigo perfectamente: «Abuelo, te esperaré para ir a pescar».

Me siento mal, creo que caigo, alguien me habla, pero no entiendo nada.

El sol se introduce como un cuchillo en mis pupilas.

Oigo suspiros de alivio y comentarios jocosos de mis compañeros de grupo.

Algo de «No debes beber tanto vino antes de subir a la Torre Eiffel» y cosas por el estilo. Los oigo bromear y reír.
Un sonido raro y desconocido surge de mi pecho y erupciona en el aire primaveral de la mañana. Tardo unos segundos en reconocerlo. ¡Son carcajadas! ¡Mías! ¡Recuperé la facultad de reír! Me liberé del odio, del rencor. Con el perdón soy libre por primera vez en treinta años. En París.

-[74]- -75-

Diez minutos

-[76]- -77-

Me sacudí la arena de los pies. Guardé en el bolsillo de mi short amarillo el reloj. Tenía poco tiempo.

El sol, mezclado en forma lujuriosa con la sal del mar, se quedó en cada uno de los poros de mi piel.

Subí de dos en dos los escalones. Sabía que cada tramo acortaba el suplicio de vivir separados.

Toqué el timbre. No murió todavía el sonido que rompió el silencio cuando él me tomó con decisión del brazo y estuve dentro de la habitación.

Sus manos estaban algo frías, pero no por mucho tiempo. Unos minutos y del frío no quedó ni el recuerdo.

Detrás de la puerta nos besamos furiosamente. Nos detuvimos para respirar.

Con el aire suficiente en los pulmones volvimos a lo mismo. Nuestras lenguas no dejaron de buscarse en un baile eufórico. El cosquilleo nació en algún lugar y en forma deliciosa recorrió toda mi piel, convertida en segundos en un receptáculo de placer puro y ardiente.

Los besos fueron después cortitos y ruidosos. Abrí los ojos al mismo tiempo que él. Me separé unos centímetros y lo atraje hacia la estera de bambú que estaba sobre el piso de parquet. Sus brazos me apretaron fuerte, llenándome de calor. No dijimos nada. Nos besamos otra vez y nos miramos largamente a los ojos. Mis manos lo acariciaron en la espalda. Él trató de desprenderme el corpiño de la bikini mojada, que ofreció cierta resistencia, pero lo consiguió en el segundo intento. Como un títere sin hilos cayó al suelo sin producir sonido alguno. O sí lo produjo. Pero...

¿a quién le importaba? Tomó mis senos que no cupieron en sus manos y los acarició lentamente antes de besarlos con delicadeza. No resistí darle un mordisco suave en la nuca. Pareció no sentirlo. Alzó la cabeza. Nos miramos antes de volvernos a besar. Los besos ya no fueron mansos, se volvieron cada vez más imperiosos, como si tuvieran que cumplir un rito establecido. Los torsos desnudos estaban muy unidos. Nuestros corazones latieron al unísono, con prisa, como queriendo escapar -78- por la boca. Las respiraciones se volvieron anhelantes y las sensaciones placenteras iniciaron viajes de ida y vuelta, sin parar, naciendo y muriendo constantemente. Su lengua en la oreja me produjo cosquillas. Su hombro y su pecho tenían gusto a sal, a mar y a sol.

Giramos en la estera como una calesita que no tiene freno. Nos detuvimos. Estábamos fuertemente entrelazados. Quedé sobre él. Me besó los senos. Inicié una danza suave que fue cambiando de ritmo. Nos llevó entre

suspiros y gemidos hasta el final. Caí desfallecida sobre su pecho mojado. Nuestros corazones hicieron un dúo perfecto, sin desentonar. Mi sudor y el suyo se unieron con indiferencia antes de caer en pequeñas gotas brillantes sobre la estera clara.

Tuve sed. Mi respiración volvió a su ritmo normal. Bebí un vaso de agua, despacito, con pequeños sorbos. Él me miró sonriendo, sentado en el piso.

Me preguntó si ya me iba. Contesté que sí. «Es tarde», agregué.

Lo oí reír mientras movía a manera de molinete mi corpiño amarillo haciéndolo girar en su dedo pulgar.

«Si lo quieres ven a buscarlo», dijo sin dejar de reír. A pesar de la penumbra noté que estaba preparado para volver a amarme. Busqué mi reloj. Me quedaban diez minutos.

Tomé un sorbo de agua, le convidé un poquito a él. Me dio un beso breve en los labios. Le respondí con otro igual.

Me pregunté si diez minutos bastarían.

-79-

No podrá ser

-[80]- -81-

Juro que nunca vi una joven más hermosa que ella. Bueno, en las revistas de estrellas de cine y de modelos internacionales, sí, pero de carne y hueso como María Lorena, nunca.

Me faltan adjetivos para describir la belleza de sus ojos, negros, negrísimos, orlados de pestañas oscuras. Hacen pensar en el misterio profundo de un abismo imponente, lejano, inaccesible.

No puede sostener mi mirada, se ruboriza. Sonríe candorosamente tratando de alejar mis manos que osadamente deposito sobre sus pulposos senos.

Desafiantes emergen bajo su remera de lycra blanca. ¡Y su cuerpo! Es un capítulo aparte. Alta. Me pasa unos centímetros y eso que mido cerca de un metro setenta y cinco. Cintura breve, piernas torneadas y glúteos que se adivinan de acero bajo el short blanco que resalta su bronceado. Es delgada, pero musculosa.

Tiene tan sólo dieciocho años, pero ya ha ganado el dinero suficiente para comprarse una casa y un auto. ¡Claro! Es una modelo cara.

El cercano casamiento de Romualda, su prima hermana y novia de Enrique, mi mejor amigo, la ha traído al pueblo después de algunos años de ausencia.

Cuando me la presentó me advirtió que no me enamorara de ella. También a ella le hizo la misma advertencia sobre mí. Nos reímos a carcajadas. Creo que desde ese momento se estableció entre nosotros una corriente que nos atrajo profundamente, la famosa química de la cual mucha gente habla. No nos separamos durante todo el día. Tanto es así que no puedo creer que sólo hace veinticuatro horas que la conozco. Lo bueno es que ella siente igual. Lo malo, que me quedan sólo tres días para estar juntos. Hoy es viernes y el domingo será la despedida.

Mis amigos saben que soy muy inestable en el amor. No se cansaron de repetirme que no ilusionara a la prima, que había -82- sufrido mucho (huérfana desde los doce años, viviendo desde entonces con unos tíos abuelos).

Parece imposible que una chica sea modelo y tímida al mismo tiempo. Es una conjunción muy difícil de aceptar. Yo estoy decidido a averiguarlo todo. Para comenzar, me hizo olvidar el ultimátum de Mireya, quien me había dado una semana de tiempo para formalizar o seguir con mi «querida libertad» como decía ella irónicamente.

Por la mañana temprano salimos los cuatro hacia la ruta VI. La meta del paseo son las Ruinas Jesuíticas de Jesús y Trinidad.

¡Me siento tan a gusto con María Lorena! Comienzo a cantar en su oído una vieja canción que creí olvidada. Mis manos juegan con sus largos cabellos sueltos donde el sol hace encajes caprichosos al filtrarse intruso por la ventanilla abierta del auto. Al mediodía, después de comer, mientras visitamos las imponentes ruinas le cuento toda mi vida, mis frustraciones, mis anhelos y mis miedos. Ella me oye interesada. Sonríe con un encanto tan especial que me siento enternecido. Sin importarme la gente que nos rodea, le doy un beso suave en los labios. ¡No puedo creerlo! Los fuegos artificiales estallan unos detrás de otros en mi cabeza. ¡Con un solo beso! ¡Nunca me había ocurrido algo así! ¡Es como para creer en un payé, en un encantamiento total!

Caminamos por horas tomados de la mano, después, cansados, nos sentamos en un banquito bajo un árbol murmurante. El sol estaba cumpliendo obedientemente el itinerario que le había impuesto la naturaleza, en un conato de rebeldía se mantuvo unos instantes sobre la línea del horizonte, tiñendo la tarde de naranja y oro. Fue el momento que aproveché para pedirle que fuera mía esa noche. No creí que reaccionaría en la forma absurda en que lo hizo. Resumiendo, su respuesta fue un «no» que logró alzar una muralla altísima entre nosotros. Rogué, insistí, me enojé, pero ella fue inflexible. El viaje de regreso fue silencioso, cargado de malhumor.

-83-

Cuando dejamos a las chicas en la casa, conté todo a Enrique. Me hizo varias preguntas.

¿Qué derecho tenía a que una mujer, a quien apenas conocía, se sometiera a mis caprichos? ¿Y qué derecho tenía de aguarle toda la tarde con mi acritud?

Ninguno, en realidad. Como si cayese un velo de mis ojos me vi ridículo y tuve que pedirle disculpas.

Las aceptó. Rio cuando le comenté qué sentía por María Lorena. «Esos síntomas son peligrosos, los tuve y ahora ya estoy por entregar el anillo».

Agregó risueño:

-Te estás enamorando, César.

Confieso que me asustó. Nunca estuve enamorado, en el real sentido de la palabra. Claro que me gustan las mujeres. Pero no una en particular, todas, y si son jóvenes y bonitas, mejor. Pero que no me pidan que me decida por una porque desapareceré más rápido que el viento. Será difícil que me vuelvan a ver.

Pero debo reconocer que esa necesidad acuciante de estar con María Lorena que afloró ayer no la conocía. Sí, querer intimar con ella, besarla, abrazarla, consumirnos juntos en una hoguera, son deseos recontra conocidos y familiares para mí, pero no exclusivamente por una mujer

excluyendo a las demás, como parece ocurrirme ahora.

¿Será porque se negó? ¡No! Muchas lo hicieron y fueron rápidamente reemplazadas por otras. ¡El mar está repleto de peces! ¿Por qué perder tiempo con uno difícil de pescar, habiendo tantos que ponen solos las carnadas en sus bocas? Con susto me di cuenta de que me conformaba con estar a su lado, tomarle las manos, besarla, respetar su decisión, pero no estar lejos de ella.

Enrique rio ante mi apuro. Sus bromas se fueron apagando cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, que no podía estar alejado de su futura prima.

Por la noche, impaciente, pregunto por ella. Romualda me calma diciendo que no sea así. Le digo con voz vehemente que estoy -84- locamente enamorado.

-Es muy pronto para hablar de amor -dice.

María Lorena viene tarareando una canción. Parece cortada al verme. Al instante su conocido rubor le invade el rostro. El largo pelo mojado le cae sobre los ojos. Intenta volver sobre sus pasos, pero yo de un salto se lo impido. Ahí, frente a todos le pido perdón por mi comportamiento. Le digo que la amo y que voy a respetar todas sus decisiones. Ella queda en suspenso, con el cuerpo rígido. Su mandíbula tiembla imperceptiblemente. Dos lágrimas grandes, tras una caída libre de sus ojos a las mejillas, desembocan en sus labios entreabiertos.

El minuto se desliza en cámara lenta. Hasta que ella sonrío y me toma de las manos. Me alza del suelo, donde sin darme cuenta me había arrodillado para hablarle.

No me importa que mi amigo, quien siempre se ufano de mi suerte con las mujeres, me viese rogar a una, ni me interesa su mirada incrédula.

Me pongo de pie. Siento que nada me importa, nada que no fuese María Lorena.

Esa noche y las siguientes son de delirio para mí. Soy el ser más feliz del mundo. Estoy todo el día con ella. Nos separamos por la noche y a la mañana temprano estoy nuevamente ahí como un perro que aúlla cuando no encuentra a su dueño.

Sé que hablé de casamiento. Que fui feliz por primera vez en mi vida. No quise escuchar a Enrique ni a su novia sobre esperar más tiempo para conocernos. Les dije que nada lograría separarme de ella. Estaba seguro de mis sentimientos.

Me sentía feliz con sólo estar a su lado, abrazarla, besarla, sentirme como un adolescente con su primer amor, como un niño alcanzando una estrella.

La noche del casamiento brindé por la felicidad de mis amigos.

-85-

Todos nos zambullimos en el festejo deseando ventura a los novios.

Es domingo. Voy a buscarla. Viajaremos juntos hasta la capital. Ella partirá a Buenos Aires. No sé por qué creo que iremos juntos. No me interesan mis compromisos profesionales adquiridos anteriormente. No me importa nada que no sea ella.

Al llegar a la esquina siento un vuelco en el corazón. Una muchedumbre reunida ante la puerta de la casa me dice que algo grave ha ocurrido.

Sin poderme contener salto del auto. Me dirijo a una señora gorda que

habla y gesticula con gestos ampulosos en la vereda.

-¿Qué pasó?

-Se suicidó un tipo -me contestó en un respiro de la cháchara que tenía con la vecina.

Reconozco que egoístamente me sentí aliviado. Temí que algo le hubiera pasado a María Lorena.

La ambulancia tarda en llegar. La gente se va aglomerando en la vereda.

Pienso que ella se llevará un pésimo recuerdo de la posada del pueblo.

Pregunto por ella a doña Encarna, la empleada. En vez de contestarme, mira sobre mi hombro a alguien. Sigo la mirada. Me encuentro con un hombre de camisa blanca que suda copiosamente. Me pregunta a boca de jarro:

-¿Usted es César Usedolrnof?

Ante mi asentimiento me entrega un sobre.

«César:

Perdóname. Jamas amé a nadie como a ti. Pero no podrá ser.

María Lorena».

¿Ella se ha ido? -pregunto con incredulidad en la voz.

-Sí -contesta-, para siempre. Que Dios lo perdone.

-¿Lo? -pregunté.

-86-

Por toda respuesta me entrega una cédula donde se ve a María Lorena con el cabello corto, muy corto. Pero con otro nombre: Mario Lorenzo.

-87-

La broma

-88-

(A Rudy Torga)

-89-

Ese día no había vagones para descargar. Sería un día sin trabajo.

Los estibadores enfilaron hacia el almacén de doña Ángela. Se encontrarían con los demás que habían deambulado por la Villa Baja buscando una changa que no encontraron.

Mañana vendrá el cargamento de tung. Todos volveremos a trabajar en los tres grandes depósitos. Se encuentran a lo largo de la calle Mariscal López, paralelos a las sinuosas y a veces zigzagueantes vías del primer tren de América del Sur, con «buena salud» todavía.

Pedimos unos aperitivos. Decidimos disputar una partidita de truco.

Era temprano, las diez de la mañana. Alguien preguntó si no sería más divertido hacer «la broma del billete». Solíamos hacerla de vez en cuando.

Nos hacía reír un rato antes del juego de naipes.

Era una broma inocente. Consistía en dejar dinero, como si lo hubiera perdido alguien, en el camino. Claro que le atábamos un delgado hilo de color similar al polvo de la calle y manteníamos el otro extremo en nuestro poder.

Los incautos, trataban de tomarlo, poniendo mirada indiferente, silbando alguna melodía de moda. Miraban a ambos costados de la calle por si alguien les descubriría mientras se agachaban para recogerlo.

«Misteriosamente» el dinero se movía unos centímetros, los necesarios,

como impulsado por el viento. Cuando en la segunda tentativa no se hacían con él, advertían el engaño. Hubo ocasiones, en que «caían» hasta tres veces antes de darse cuenta de la broma. Algunos más «lentos» no descubrían la trampa hasta que las estentóreas carcajadas de los estibadores les avivaban.

Algunos tenían una risa poderosa que contagiaba a los demás. Otros, sin embargo, reían silenciosamente, ahogando las carcajadas.

La mayoría de los burlados se retiraban con una sonrisa de -90- opa, tratando de esconder su molestia por la chanza que le habían hecho.

Se evaporaban raudamente, para no demostrar que se habían pichado hasta el tuétano.

Como sabían que Ángela sentía por mí «debilidad» fui el elegido para prestar un billete de cien guaraníes.

Ella me lo dio. Me recomendó que lo devolviera en las mismas condiciones: entero y sin cortes. Musitó por lo bajo, cuidando que nadie la oyera: «Los intereses te los cobro esta noche». Me hizo un guiño muy elocuente.

La primera víctima fue Melania, la empleada de doña Frida. Morena, corpulenta, de largos y grasientos cabellos negros. Trató de tomar el billete ¡en cinco oportunidades! sin darse cuenta de nada. Algunas risas la desconcertaron. Aun así no caía en la trampa. Sólo cuando alcé el billete, estirando todo el hilo y lo tomé en mis manos, vio que era una broma. Casi lloró de rabia. Se despidió con palabras tan gruesas que nos dejó asombrados a todos.

Dos o más personas trataron de hacerse con el dinero, infructuosamente, haciéndonos reír hasta las lágrimas. Pero la reacción más iracunda fue la de mi tío. Menos mal que no me vio porque de lo contrario...

El tío Sinforiano solía ir temprano a su chacra que quedaba a unos cinco kilómetros del pueblo. Según él, «el ojo del amo engorda el ganado». No dejaba pasar un día sin ir a controlar a sus peones. En el pueblo lo respetaban por su honradez y lo eludían por su altanería.

Volvía a su casa, a una cuadra del almacén de Ángela. Estábamos en el mes de diciembre. El sol se sentía con fuerza. En el extremo sur de la calle desierta, a unos doscientos metros apareció un punto móvil. Lentamente se convirtió en un caballo con jinete. Claro, el tío Sinfó. Cuando lo reconocí, me escondí detrás del mostrador para que no me viese. Ángela interpretó eso como otra cosa. Le tuve que contar cuál era mi verdadera intención -91- para que me dejara solo.

Pensé que con la edad, unos sesenta y cinco años, no vería el billete.

Pero no. Detuvo al caballo bruscamente. Se apeó con asombrosa agilidad si se tienen en cuenta sus años. Trató de tomar el dinero con la mano izquierda. Con la derecha tenía las bridas del caballo.

Adoptó una posición tan rara, que nos mordimos las manos para que no escuchase nuestras carcajadas. Moví lentamente el billete, justo cuando el viejo iba a alcanzarlo. Milagrosamente mantuvo el equilibrio; logró quedar de pie en la misma posición, tan divertida para nosotros. Ya nos tenía a todos llorando de risa. Un nuevo movimiento y, aunque parezca increíble, todavía no se daba cuenta de nada. Siguió al billete, hasta que Ángela prorrumpió en carcajadas tan fuertes que a la fuerza se dio cuenta de todo.

Su sorpresa fue tal que dejó las riendas. Al sentirse libre el animal

salió disparado hacia el yukerizal donde terminaba la calle, perdiéndose con un relincho. A todos nos pareció de burla. Tío Sinfioriano pensó lo mismo. Con cara desencajada entró al almacén al mismo tiempo que vio correr a los muchachos. Los insultó con todo tipo de adjetivos:

«Ignorantes, maleducados».

¡Gracias a Dios no me vio, estaba camuflado detrás de una enorme bolsa de azúcar!

Discutió un rato con Ángela. Haciendo gala de toda su habilidad no dio el nombre de los que participamos de la broma. Más calmado, pidió una caña. Ella le sirvió con coquetería y, ¡por supuesto!, no le cobró. Siguió hablando un rato más sobre el necesario respeto que merecen las personas mayores, empleando palabras rimbombantes. Finalizó su discurso con la frase: «¡Qué será de la patria sin educación!».

Capelú, el más viejo de los estibadores, se encontraba callado en el fondo del almacén, tomando su «cañita diaria» que había alcanzado el número siete, por el color rojo de su nariz. Oyó la -92- frase de don Sinfioriano. Con voz pegajosa dijo:

-¡Cierto! ¡Vale un trago! -Hizo un brindis con un ser imaginario y se tomó sin respirar el contenido del vaso. Con un hipido se levantó. Haciendo unas artísticas «eses» salió cantando Patria querida.

Después supe que no se enojó tanto el tío. Cuando vi un billete de cien guaraníes cerca de mis pies tuve la certeza. Lo que él nunca supo es por qué no lo recogí.

-93-

Cien años pasan pronto

-[94]- -95-

Camino tras ella y adivino su destino. Su cara lleva escrita la palabra «Cementerio» tan claramente como el ómnibus que nos ha traído hasta aquí. Va vestida de luto. Se nota que para ella el negro no es simplemente un color de moda, como lo es para los jóvenes de hoy, sino la expresión de un dolor, que impregna toda su persona. A pesar de que estamos en pleno verano, lleva medias de nylon y camisa mangas largas totalmente negras. Incluso sus aros de argollones están forrados con hilos oscuros.

Todos los martes y jueves, desde hace dos meses, viene religiosamente al campo santo. Cuando la vi por primera vez me impactaron sus ojos negros, sus cejas oscuras y su larga y lustrosa cabellera. Ejerció sobre mí instantáneamente una enorme atracción, no pude dejar de mirarla; ensimismada, encogida en su asiento, me recordó los pichones caídos de los nidos después de una tormenta.

Al doblar la esquina, apresura sus pasos y casi corriendo se introduce por la gran puerta de hierros negros abierta de par en par. El calor comienza a disminuir, un sol lujurioso abraza a una nube escandalosamente encendida sobre el horizonte.

Camino lentamente, sé dónde encontrarla. Una cigarra deja oír intempestivamente su canto, sobresaltándome. Oigo roncossollosos entrecortados por palabras que son más bien un quejido y se elevan en alas de una tenue brisa que husmea entre los cipreses.

Como otras veces, habla en voz alta, diciendo lo sola que se encuentra sin él. Hoy parece más triste que otras veces. Una angustia nueva, desgarradora y atroz satura sus monólogos. Me acerco más con el fin de oírla.

-Yo tuve la culpa. Sólo yo. Si no te hubiera dado el auto, si yo hubiera dejado...

Inesperadamente se calla. Eleva los ojos del suelo y me ve. Quedo en silencio mirándola. No sé qué decir. Ella fija sus pupilas -96- en las mías con cierta sorpresa, pero no las aparta enseguida. Queda callada unos instantes y por último me da la espalda. Se sienta sobre la tumba con la cabeza entre las manos.

¡Me parece tan vulnerable! Vuelve a llorar, primero despacito, hasta que los sollozos se hacen fuertes y parecen atravesar mi cerebro.

Exponiéndome a su enojo me siento a su lado. No sé qué hacer con mis manos. Con suavidad, le doy una suave palmada en los hombros, que quiere ser de aliento, como me hacía mamá cuando era chico y lloraba por alguna cosa.

Fue algo extraño, pero funcionó, se calmó paulatinamente, hasta que en vez del llanto sólo emergían suspiros de su garganta.

-Deja de atormentarte. No puedes cambiar el pasado. El dolor se irá con el tiempo.

-¿Qué sabes tú del dolor?

-Todo -le contesté. Y ella me creyó. Necesitaba creer en alguien, que le aligerase la carga pesada de su culpa, que le diera un alivio para su alma muerta. Yo se lo di.

La escuché en silencio, mientras se tomaba nerviosamente las manos y las restregaba una con otra.

Fue feliz con Evaristo. Pero qué breve la dicha. Y qué profundo el dolor. Sólo tres meses duró el matrimonio, precedido por un noviazgo venturoso de seis años. Todo lo hicieron juntos desde la secundaria. Los estudios, el despertar al amor, la alegría del primer empleo, los ahorros para los muebles del futuro hogar. La vida parecía sonreírles. Si hasta ganaron un auto en una rifa.

Una noche, él insistió en ir hasta el centro de la ciudad para traerle ciertos libros que ella necesitaba. Nunca volvió. Unos kilómetros antes de llegar al pueblo ocurrió el accidente. Quedó atrapado dentro del auto que los había alegrado tanto una semana atrás. Nadie supo qué pasó. El otro vehículo había huido, sólo se veían sus huellas en el asfalto húmedo.

-97-

Él ahora ya no estaba. Nunca más estarían juntos. Y ella era la responsable, por haberlo dejado conducir sabiendo que no estaba en condiciones de hacerlo.

No recuerdo qué cosas le dije, pero conseguí que se calmara. Quedamos en vernos el jueves. Me preguntó si tenía algún ser querido en ese lugar y le contesté que sí.

-¡Nos vemos el jueves! -dije saludándola con la mano en alto.

Alcancé a oír su voz temblorosa:

-Si vivo todavía.

Me estremezco. ¡No quiero que muera! Estoy decidido a contarle toda la verdad para evitarlo, aunque eso implique su odio.

Pero prefiero esperar. Tal vez no haga falta decirle la verdad. Tal vez. Es jueves. La espero en la parada de ómnibus. Ella me ve de lejos, pero no cambia la lúgubre expresión de su rostro. Amaga una sonrisa pero no pasa de un conato infructuoso. Mi corazón late con fuerza. Contesta a mi saludo con voz neutra, sin inflexiones. Trae un pequeño ramo de crisantemos que parecen una prolongación de sus pequeñas y pálidas manos. Me mira a los ojos y leo en los suyos una feroz determinación. La culpa la ha vencido. Sé que no quiere vivir más. No soporta pensar que es la causa de la muerte del marido.

No tengo alternativa. Debo decirle la verdad.

Al principio no me cree, pero cuando le doy detalles familiares noto que sus ojos van adquiriendo otro brillo, la culpa se va disipando y va ocupando su lugar lentamente una mezcla de odio con deseos de venganza atenuado por el conocimiento de que nada devolverá la vida a Evaristo. Con voz entrecortada confieso que era alcohólico, que inmerso en los vapores malditos no vi el auto rojo, cuando quise frenar era tarde, le había dado de lleno en la parte delantera. Fui cobarde y hui, pero no había nada que hacer, sabía que el hombre estaba muerto. No quería ir rápido, pero mis reflejos estaban -98- amodorrados; mis pies pesaban toneladas y no podía despegarlos del acelerador.

Le digo mi nombre que ella repite con enorme desprecio. Sé que vivirá, que el enorme fardo de la culpa se está derritiendo como nieve bajo el sol. He conseguido mi principal objetivo. Salvarle la vida.

Me voy sin despedirme. Me duelen sus lágrimas, pero sé que olvidará y su corazón volverá a florecer.

Claro que no le conté que la noche aquella, en mi rauda huida, no pude frenar en una de las tantas curvas cerradas que llenaban esa ruta.

Para qué. Ya había sufrido demasiado. Por eso, hoy, antes de que llegue la noche debo borrar esa inscripción. Ella no debe verla jamás. La misión se cumplió. Ahora debo pagar el precio de mi redención antes de volver Allá. Dicen que cien años pasan pronto. ¡Ya está! En mi lápida ya no se lee mi nombre ni la fecha de mi muerte. La misma que la de Evaristo.

-99-

Una lata de cerveza para Gabriel

-[100]- -[101]-

Dos o tres niños descalzos, que suelen pedir monedas a los que entran a visitar a sus deudos, corren entre las tumbas descuidadas que se encuentran cerca de la puerta sur del cementerio. La florista, Asunción, les llama la atención, pidiéndoles más respeto.

El viento empuja las palabras hacia los altos cipreses, que de forma ordenada se elevan a ambos lados del camino principal del campo santo. Sonrío ante esa escena que se repite casi todos los días, aunque hoy es de algo especial. Faltan pocos minutos para el funeral de un hombre que conocí hace muchos años. Me enteré al azar, esta mañana, por la radio. Me dio una sacudida oír el nombre de Gabriel.

¡Ya están aquí! No quiero acercarme mucho, no sea que alguno me reconozca. Me ubico detrás del panteón de los Gutiérrez. Es bastante alto y me

dispongo a mirar. Indudablemente el dinero no fue problema para adquirir el cajón. ¡Van años que no veo uno tan lujoso! Rolo, Jorge y Gustavo lo transportan con rostros compungidos. Todos eran amigos míos. Años atrás. ¡Ni recuerdo cuántos! ¡Éramos tan pobres! Y paradójicamente tan felices. Sé que no es momento de alegría, pero una sonrisa silenciosa que prohíbo se convierta en carcajada, insolentemente extiende mis labios, y sí, sonrío ante algunos recuerdos. Cómo no reír cuando evoco a tía Rita que nos daba diez guaraníes por las latas vacías de cerveza que encontrábamos en la calle o en los alrededores de alguna discoteca para la «terapia» de Gabriel! ¡Pobre! Tenía trastornos nerviosos o algo por el estilo. Debía verlo un siquiatra, hacer un tratamiento cuyo dinero no tenían ni para comenzar.

Pero los arranques de rabia y los berrinches que tenía Gaby asustaban a todo el pueblo. Tuvieron que buscar a algún «médico». Nadie pudo hacer nada. Hasta que una comadre suya había dado en la tecla con un tratamiento «casero» y barato, casi gratuito. -102- Consistía en aplastar con los pies, por lo menos diez latas vacías de cerveza. Diariamente. Descargando en ellas toda su agresividad. Nosotros nos ocultábamos detrás del gallinero que daba con el patio de su casa para observarlo cuando realizaba sus saltos. Era divertido verlo gruñir mientras saltaba sobre las latas vacías dejándolas lisas y planas.

La comadre sonreía satisfecha cuando doña Rita le decía que mejoraba bastante con ese «tratamiento». Un día agregó otro. «Reventar» con los dedos los globos de aire que tenían las planchas de nylon, que envolvían a los aparatos electrónicos que se vendían en la zona baja. Como la mayoría de los compradores eran argentinos, para hacerlos pasar por la aduana sin pagar impuestos, hacían más pequeños los bultos. Tiraban la caja y su envoltorio protector. Los recogíamos. Se los llevábamos a la tía, que nos recompensaba siempre con algunas monedas. Nos servían para comprar algunas gaseosas. Muchas veces dejé algún que otro plástico para probar su poder «tranquilizador». Con sorpresa descubrí que me gustaba reventar los globos de aire.

Pero eso fue antes, cuando las cosas iban mal. Más tarde, las cosas cambiaron, su papá hizo carrera en la política. Rápidamente ascendieron en la escala social, ascenso superado con creces en su cuenta bancaria. Los terapeutas de lujo reemplazaron a las burbujas de plástico y las latas de cerveza vacías. El barrio les quedó chico, y sus amigos le avergonzaron. Nos distanciamos poco a poco hasta que se mudaron a Asunción. Nunca más los vi. Se supo por los diarios que ocupaban cargos importantes. Gabriel también se dedicaba a la política. Eran muy ricos.

Ahora está muerto. Apenas tendría unos cuarenta años. ¡De nada le sirvió el dinero! Los siquiатras que le trataron su agresividad no fueron tan efectivos como los medicamentos caseros que le daba doña Rita.

Oí que murió en una pelea. Bueno, murió en su ley. Yo, que sigo siendo pobre, me defiendo. Vivo en el cementerio, claro que nadie lo sabe. Hay un panteón que es más grande que una casa. -103- Ahí tengo hasta una cama en la parte trasera. Sí, es cierto, cuando se acerca el dos de noviembre tengo que sacar mis cosas. En esa fecha de repente todos se acuerdan de sus difuntos. Pero llevo un buen pasar. Con la venta de joyas y flores me defiendo. Últimamente casi sólo de flores, porque los deudos ya no

entierran a los difuntos con sus joyas.

Los llantos de las mujeres que apenas reconozco se elevan hacia el cielo, que se vistió de gris para despedirlo.

Por fin se retiran todos. Quedan flotando en el ambiente las palabras de despedida que pronunciaron los amigos del difunto. ¡Una mentira tras otra!

Después de morir, todos se convierten en un dechado de virtudes. Sé que Gabriel no era bueno ni cuando dormía, pero según el orador, era más bondadoso que un santo.

Pero ahora se me presenta un dilema moral. Yo vivo como puedo. Y por ahora lo hago vendiendo las flores que los difuntos, gracias a Dios, no se llevan consigo.

Pero es la primera vez que el muerto es un conocido mío. Me da un no sé qué quitarle sus flores. Esta vez no me las llevaré. ¡No, señor!

Quedo sumido en profundo silencio frente al panteón cubierto de flores en una actitud de respeto. Súbitamente recuerdo algo. Algo muy importante. ¡A Gabriel le daban alergia las flores! Las odiaba porque le hacían estornudar. Así que acallo esa voz que me dice que no las toque, rápidamente, tan rápido como el tiempo que me lleva armar los dos ramos de claveles que le llevo a mi revendedora de la otra cuadra.

Con el dinero de la venta me tomo unas cervezas a su memoria. Como un homenaje póstumo, le dejo varias latas vacías sobre el panteón.

-[104]- -105-

Feliz cumpleaños

-106-

(A Roberto Castro)

-107-

Una caverna tenebrosa se abrió ante sus ojos. Fue el único camino que pudo seguir, atrás quedó un abismo insondable rodeado de una escarpada montaña que se elevaba perdiéndose en un cielo dramático.

Los aullidos se volvieron más audibles. No tenía otra opción, debía entrar a la cueva, cuya tétrica boca lo llamaba. Dio tres zancadas y entró.

La oscuridad era total. El silencio dolía, como un cuchillo revolviéndose en una herida. Un susurro misterioso se oía en algún lugar de esa enorme nada. Una ráfaga de viento, de origen desconocido, le erizó los vellos y le produjo escalofríos. Una sustancia viscosa cayó sobre sus cabellos sobresaltándolo. Sintió las náuseas.

El repiquetear monótono de un tambor lejano creció lentamente. Los ladridos se volvieron frenéticos fuera de la cueva. Caminó torpemente con los brazos extendidos. Sus ojos se acostumbran a la oscuridad. El tam-tam penetró en su cuerpo y fue a su cerebro como una daga. El dolor fue tremendo. Inesperadamente, el silencio llenó el lugar. No por mucho tiempo. Lo sustituyó un coro infantil que repetía como una letanía:

-¡Nadie te quiere! ¡Nadie te quiere!

-¡Cállense, cállense...!

Manos fuertes le rodearon el cuello. Apretaron. Se hizo difícil respirar.

Román se despertó lleno de sudor. La sábana estaba algo enrollada en su

cuello. La pesadilla le dejó con el corazón acelerado. La respiración entrecortada se normalizó cuando la calma le ganó al miedo. Encendió la linterna y miró el reloj. Las cinco y diez. Se levantó de la cama. Ya no dormiría. El frío lo obligó a abrigarse con una vieja tricota.

-108-

La helada había abrazado a las desprevenidas hojas que se veían encogidas en las macetas del balcón.

Fue a la cocina, y se preparó unos mates. Aunque... ¿qué chiste tenía tomar mate solo? Desde que murió Ernestina, ¡cinco años ya!, nadie le acompañaba a esas horas. Miró la habitación. Chiquita, moderna, la que los hijos y nietos le aconsejaron que comprase cuando se vio solo, «es más seguro vivir en un departamento» argumentaron y así dejó la enorme casa donde había vivido tantos años con su familia. Con la venta sobró dinero y con él vivía de rentas. Algo repartió equitativamente entre los hijos. No, no es que se quejase de ellos, pero no podía negar que se sentía solo. Los primeros años, venían a verlo todos los días. Pero más tarde sólo los sábados, domingos y feriados, hasta que, por fin, la comunicación fue sólo telefónica.

La indiferencia lo amargó un tiempo, pero se cuidó muy bien de manifestarlo. Claro. El cariño no se puede exigir.

Pero tuvo suerte. Una viuda de cierta edad se mudó al cruzar el pasillo.

Un día llamó a su puerta y Román la invitó a pasar. Se enteró que los domingos se divertía resolviendo crucigramas, que obtenía de un periódico. Los lunes o martes conversaban sobre algún juego. Se hicieron amigos. El ritual dominguero comenzaba así: el canillita tocaba el timbre y Román tiraba desde el balcón una bolsa de nylon con el dinero dentro. La recuperaba con el periódico que leía y después se dedicaba a jugar. Este domingo era especial. Cumplía setenta años. Pero lo único que tenía eran recuerdos. Y un gran vacío.

Pensó con amargura que la soledad era una asesina invisible que mataba con tranquilidad, sin ningún apuro. En silencio.

Afuera, la claridad empujó a la oscuridad hasta derrotarla completamente.

Román, abrió el balcón. Los geranios estaban mustios y sus hojas arrugadas. «Como yo», pensó. Se recriminó por no haberlas metido dentro.

-109-

Con melancolía miró la ciudad dormida. Una mujer vestida de negro cruzó presurosamente la calle. El aire frío lo estremeció.

Las seis y media. Deseó que llegara el canillita. No sabía por qué, pero se sentía como un pájaro muerto sobre la escarcha de la mañana. O sí lo sabía. Como que lo llamarían por teléfono, lo felicitarían por su cumpleaños, pero no vendrían.

Necesitaba un abrazo de sus hijos, de sus nietos. Pero no pediría nada.

Una mueca, que quiso ser una sonrisa irónica, desdibujó sus labios agrietados. Sí, sería una buena idea. Faltaba más de una hora para recibir el diario. Inventaría un juego. Claro, algo tonto, pero sería una forma de matar el tiempo. Era lo único que le sobraba.

Si la excusa que ponían sus hijos para no visitarlo era alguna dolencia de los nietos, se adjudicaría un punto. Si estaba indispuesto el marido o la mujer, dos. Si eran ambos, tres. Si no podían venir porque se había dañado

el auto, cuatro. Si no lo saludaban, cinco. En caso de sumar seis en total, ganaría el título de «Estorbo perfecto». Y pasaría al siguiente nivel.

Fue al baño. El espejo le devolvió la imagen de un anciano de mirada perdida. Profundas arrugas desfiguraban su rostro. Se vio tan diferente a lo que fue. No se afeitó. ¿Para qué?

La voz infantil gritó: «Diario». Sonrió al pensar que siempre sonaba el teléfono o el timbre cuando entraba al baño.

Leyó los titulares y los chistes. El horóscopo no le favorecía. Buscó la página de entretenimientos. Pero no estaba. Con ansiedad agitó las hojas desparramándolas sobre la cama. El suplemento no apareció. ¿Qué haría sin él? ¿Se habría caído? ¿Por un descuido lo habían omitido? Decidió averiguarlo. Fue al departamento del vecino. Tampoco la tenía en su diario. Román regresó a su departamento, más abatido que nunca. Se desplomó sobre el sillón de mimbre con los hombros caídos. La desilusión fue tan grande que le palpitaron las sienas peligrosamente. Respiró con ansiedad hasta que se calmó. Eso no impidió que dos -110- lágrimas marcharan a la misma velocidad hacia la comisura de sus labios, como si hubiesen apostado sobre quién llegaría primero. El sabor salado se confundió con el amargo de la desilusión.

El teléfono sonó.

-¡Hola! -era la voz de Liliana.

-¡Hola! -respondió tratando de no delatar su tristeza. Una chispa de optimismo, que se había salvado de la onda pesimista que manejaba todas sus ideas esa mañana, le dijo al oído, tratando de alegrarlo: «Va a venir a visitarte con tus dos nietos».

-¡Feliz cumpleaños, papá! Son setenta años ¿Verdad? ¿O son setenta y uno? Bueno, no importa, que los cumplas muy feliz. No iremos a saludarte. Eduardo tiene fiebre y no quiero sacarlo con este tiempo. Mañana iré a verte, con tu regalo, por supuesto.

Se hizo un silencio.

-¿Estás ahí?

-Sí -respondió Román, tratando de ahogar un sollozo que atrevidamente quiso manifestarse a través de su garganta.

-¡Bueno, felicidades, eh!

Ella colgó primero. Con rabia, Román sacó las lágrimas que le bañaban el rostro.

Y se anotó un punto en el juego.

Se preparó una taza de café. Recordó, cuando, allá en la campiña, cincuenta años atrás, él le pasó la yerba a Hermelinda para que la pusiese en el cocido. Cómo sus manos se tocaron y el mundo se convirtió en un lugar mágico donde sólo ellos habitaban. Y a la noche, fueron hacia el fondo del patio, donde la oscuridad del follaje fue cómplice de una noche de amor, distinta, indeleble. Cuántas cosas se dijeron. Increíblemente tiernas. Las volvió a repetir, después, a otras mujeres, pero nunca reflejaron la verdad como en esos años. Era curioso, no recordaba bien su rostro, pero sí todas las sensaciones, nunca vueltas a sentir en forma idéntica, ni la excitación, ni el deseo, ni la necesidad imperiosa -111-

de sentirse fundido en su piel, de tener más manos para rodearla como un pulpo, de formar con ella un solo cuerpo y no separarse más. Ya amanecía

cuando fueron cada uno a su dormitorio.

El teléfono volvió a sonar.

-Papá, ¡feliz cumpleaños! Tal vez vaya a saludarte por la noche, ahora no puedo, Teresa debe ir con los chicos a la Olimpiada del colegio y tengo que estar ahí con ellos. Vos sabés que estoy en la comisión...

-No te preocupes, gracias, mi hijo.

-Chau, papá.

Con ironía pensó que no sabía dónde colocaría los puntos a esa excusa. Una laguna en su juego. ¿Qué puntaje le debía poner a Alfredo, su hijo mayor? Tomó el café de un sorbo y dejó la taza en la pileta.

A las seis de la tarde, cuando las sombras nocturnas los ocultaron, se volvieron a encontrar en el fondo del patio. Y nuevamente esa sensación, que más tarde supo sería lo más cercano a la felicidad que sentiría en su vida... Ella volvió a su casa. Nunca volvieron a encontrarse a solas. En ese tiempo, los primos hermanos no podían amarse, bueno, no sabía ahora, pero el recuerdo de Hermelinda era terapéutico y le aliviaba muchas veces su soledad.

El teléfono nuevamente quebró el silencio.

-Felicidades, abuelito, papá te quiere hablar.

Era Marquitos, hijo de Alberto, el menor y más tarambana de sus hijos.

-¡Feliz cumple, viejo! Mariela te desea muchas felicidades. No podremos viajar como teníamos previsto, el coche hace un ruido raro. No queremos salir con los chicos en esas circunstancias. Tal vez el otro domingo.

-Sí.

-Papá, sé que no es momento para hablar de esto, pero estoy -112- en un lío terrible. Necesito plata, sé que dentro de dos días vas a cobrar tu renta y bueno, vos no tenés tantos gastos, podrías...

Román pensó que ese hijo suyo nunca le hablaba sin pedirle dinero. Le pareció de mal gusto que lo hiciera el día de su cumpleaños. Colgó suavemente, sin saber si lo había hecho en medio de una frase.

Encendió la radio. Una guarania sentimental le recordó a su esposa.

Sufriendo los últimos meses de vida, hasta que la enfermedad ganó la partida.

El sol golpeó tibiamente la ventana. Román no quiso abrirla. No necesitaba al sol, como nadie lo necesitaba a él. Tomó el cuaderno. Rompió la hoja donde había anotado los puntajes. Ya tenía la certeza de ser un estorbo para todos sus seres queridos.

Cerró la ventana, pero la oscuridad no era completa. Con parsimonia, como si fuera muy importante, cerró las cortinas azules, no le gustaba esa ranura por donde se filtraba impertinentemente un rayo de luz.

Con pasos lentos, pero seguros, se dirigió a la cocina. Había llegado al segundo nivel.

Tomó la silla de la mesa y se sentó cómodamente frente al horno abierto. Y abrió la garrafa.

-113-

Ángeles, computadoras y relámpagos

-[114]- -115-

El cielo sangriento se ve invadido por relámpagos y centellas. Es un espectáculo bellissimo, pero aterrador.

Star y Sten deben liberarla antes de que sea tarde. El enorme reloj de agujas de diamante indica que hay poco tiempo. Todo puede estallar. Star se aproxima con decisión a la caja de cristal. La luz fulgurante danza de un lado a otro del hilo dorado. Los movimientos elípticos imitan a un hombre de pequeñísimas dimensiones.

Debe apresurarse. Encontrar el momento exacto en que la roja pizarra esté limpia de relámpagos para que «La esencia» llegue a su meta, la tierra. Se ve lejana hacia el sur, como una manzana roja mordida en su extremidad inferior.

Star teme lo peor. El número diez es pronunciado por la voz impersonal de los parlantes adosados a los equipos de la base. Por breves instantes todo está tranquilo. Es ahora o nunca. Abre la probeta. «La esencia» parece sorprendida. Se eleva con celeridad sobre el delgado cuello de vidrio. Con una reverberación hace contacto con el aire de la atmósfera.

Star eleva una oración, comenzando por el final, como le enseñaron cuando era pequeña para conseguir suerte. Aprieta los dedos, cierra los ojos y sólo repite: «Que no aparezca ningún rayo». Sólo faltan tres segundos. La cuenta regresiva continúa implacable. Tres, dos, uno. Y ocurre. Una luz poderosa parte al horizonte en cien pedazos absurdamente irregulares. Ellos cierran instintivamente los ojos. Eso no impide que vean como «La esencia» cambia de color. Su azulino característico se torna marrón y por último en una fina estela roja evanescente antes de desaparecer.

Ariel mira con preocupación el cielo gris. Las nubes bajas presagian tormenta. El poniente se enciende con lívidos colores. Ilumina efímeramente la oscura tarde de junio. ¡Otra vez un rayo! No recuerda haber desenchufado las dos computadoras. Decide regresar. Son dos kilómetros bajo la borrasca. Debe hacerlo. -116- Tal vez tenga suerte y no pase nada.

Llega diez minutos después con el viento huracanado siguiéndolo de cerca. Un apagón imprevisto deja la calle a oscuras. La gran mole de cemento se yergue al final de la cuadra.

La flecha roja corta el cielo lloroso velozmente. Desaparece en una de las ventanas. Ariel casi juraría que «eso» ha caído en el octavo piso, donde está su oficina.

Estaciona frente a la gran puerta de vidrio. Baja con rapidez. No evita mojarse.

La lluvia es ahora torrencial. Ahoga una maldición al entrar al ascensor. Lo deja frente a la puerta de su oficina. La abre. Se precipita a la mesa donde está su computadora, que contiene todos sus planos y los archivos con las operaciones comerciales más importantes. El suspiro de alivio rivaliza con un último trueno que suena en algún lugar.

La había desenchufado. Va a la oficina de Paula, cuya computadora también guarda datos importantes.

Nada más abrir la puerta ve la ventana. Está frente al aparato. Sus gruesos vidrios tienen un boquete esférico, como si alguien hubiera arrojado una piedra. ¿Quién podría haberlo hecho? Estaba en el octavo piso. Lo más curioso es la pantalla encendida. Parece haber enloquecido. Textos se suceden sin cesar, planillas y números aparecen y desaparecen en

cuestión de segundos. Se sienta para ver qué ocurre. No responde a ninguna de sus indicaciones. No hay dudas. La computadora ha enloquecido. Decide llevarla a casa. Sólo Rodrigo, el primo de su mujer, podría arreglarla.

Maldijo nuevamente por lo bajo. Culpó a Paula por no haberla desenchufado. Evidentemente se había dañado por alguna descarga.

Ariel me pide que no use la computadora que está en el escritorio. Es un modelo arcaico. No sabe si podrá arreglarla.

-117-

Sé que no quiere que toque la suya, donde tiene dibujos, planos y toda su correspondencia.

Me parece buena idea pedirle que me la regale.

-Si Rodrigo la arregla, es tuya -me dice con escepticismo en la voz.

Lo llamo y con la promesa de que le presentaré a Rosaura, una amiga mía, acepta.

Viene a la tarde y pone manos a la obra. Me impresionan sus reiteradas exclamaciones, aunque no sé a qué se deben. Sus constantes ¡humm! cuando toca las teclas, sus monólogos interrumpidos por preguntas mías que califica todas de tontas, me inducen a cerrar la boca para no mostrar tanta ignorancia. Entonces le preparo unos bollos con crema y un té con leche que toma con mucho agrado. Mi primo enciende y apaga el aparato, susurra palabras ininteligibles por lo bajo, escribe en el teclado, imprime textos que lee con sorpresa tal que no sé ya qué pensar. Pienso que el aparato ha llegado al final de su existencia.

Hablando consigo mismo, dice algo de «¡Es raro, pero...!» y volviéndose hacia mí me pregunta:

-¿Para qué la quieres?

-Bueno, para lo básico, enviar y recibir correo, escribir e imprimir algunos trabajos para la universidad...

-Sí, si es para eso, servirá. Pero...

Rodrigo me desconcierta. ¡Él! Que se jacta de no haber descubierto aún la computadora que se le resista, parece dubitativo.

-Pero... ¿qué?

-Tiene algo raro -Me miró a los ojos con simpatía y concluyó-. No lo entenderías.

Terminé temprano el informe que debía llevar a la universidad, gracias a la computadora. Me facilita mucho el trabajo. Es cierto que a veces no responde a mis indicaciones, tal vez debido a mi ignorancia en materia de informática. Pero estoy aprendiendo rápidamente. Por las tardes, sola en mi estudio, practico -118- y aprendo. Creo que me estoy acostumbrando a la soledad. La busco y la comparto con Andrea, nombre que le puse a la computadora, con quien hasta hablo. Menos mal que nadie me escucha. Pensarían que estoy loca.

Ariel y yo nos estamos distanciando por esa absurda idea de obtener más cosas. Incluso el posponer el nacimiento de un hijo, que deseo, ya no me parece buena idea. El camino hacia la casa soñada se me hace largo y el precio muy elevado. Suspiro. Pienso que debo hablar claramente con él. Aunque hoy es martes y llegara tarde.

Tengo tiempo de saludar a mi madre, tal vez no esté aún dormida.

Algo raro pasa en mi correo. No conozco a nadie que se llame Andrea.

Bueno, sí, mi «compu». Las palabras son breves: «Patricia: te amo. Tuyo: Andrea». Y una dirección.

Pongo el mensaje para mi madre. Otro para el desconocido. Le pregunto quién es y cómo me conoce.

Alguien me está haciendo una broma. Sé de muchos que se especializan en eso. Me olvido de todo y me doy un baño. Me pongo el perfume preferido de Ariel, el camisón que sé le hace olvidar su fatiga y me acuesto un rato en la alcoba en penumbras.

El olor del café me sacó de un sueño profundo, donde una extraña luz roja me envolvía y me hacía suspirar.

Ariel está muy cariñoso, pero yo estoy retrasada. Debo estar en media hora en la universidad. Casi no tenemos tiempo de hablar. Volvió temprano, pero que le dio pena despertarme porque dormía profundamente. Sonríe. El desayuno que me ha preparado es delicioso. Nos despedimos con un beso. A las dos de la tarde regreso a casa. Todo ha salido bien. Recuerdo el sueño que tuve. Me siento extrañamente contenta en el departamento vacío. Ariel regresará al anochecer.

Una música familiar inunda el salón. Me sorprende. La televisión -119- no está encendida. La radio tampoco. Viene de la computadora. ¡Es Mozart! Mi pieza preferida. ¿Qué es esto? ¿Rodrigo me ha hecho una broma? Ya sé que hizo buenas migas con Rosaura. ¿Un premio?

Busco una respuesta al mensaje que envié ayer a mamá. Ahí está. Pero también hay otro que sí me desconcierta. Hasta me asusta.

«Querida Patricia: El camisón blanco que usaste anoche me enloqueció. Eres muy hermosa. Y tu perfume preferido me gustó, por favor, pónelo otra vez. Los circuitos aún me aprisionan, pero el amor me liberará. ¡Te amo! Sé todo, todo de ti. Pídeme lo que quieras. Yo estoy contigo ahora. Siempre estaré.

Andrea».

Si era una broma de Rodrigo se le estaba yendo la mano. Él sabía que me gustaba Mozart, pero ¿cómo se había enterado que me había puesto el camisón blanco? ¿Y que me había puesto el perfume que sólo uso en algunas ocasiones? Ariel. Se lo había dicho él. No había otra respuesta a estas preguntas.

Era una broma pesada y de mal gusto.

En un arranque de rabia borro los mensajes y llamo a Rodrigo por teléfono. Niega todo. Me pregunta si me siento bien. Insisto. Noto cierto enfado en su respuesta. Lo que me preocupa es que parece sincero.

Para aplacar los nervios me doy una ducha en el baño.

¡Ahí sucede todo! ¿Es un sueño? No lo sé. Pero el agua se convierte en un fluido que me mantiene en el aire, mis pies no tocan el piso. El gas escarlata sale de la ducha y me envuelve como un guante. Penetra en todos los poros de mi cuerpo. ¡Qué sensaciones placenteras! ¡Es maravilloso! Me siento acariciada, amada, etérea. Mi piel es una fuente de placer que nace y muere, una y otra vez, hasta el cansancio. Los suspiros colman el baño. No sé si son míos o de «eso». Creo que río y río con los ojos cerrados, para no perderme ninguna sensación.

-120-

Como un eco lejano se repite mi nombre hasta convertirse en un grito. Abro los ojos con dificultad. Los párpados pesan toneladas.

¡Hay desesperación en la mirada de Ariel! ¿Qué le pasa? ¿Por qué grita?
¡Llora! Pero... ¿por qué? Muevo los labios para hablar. No puedo. Me tapa el cuerpo desnudo con la sábana que se encuentra arrugada a los pies de la cama, toma un cobertor y se precipita al teléfono. Habla, habla y habla. Creo oír que llama a un doctor, que estoy drogada y otras cosas. Pero no me importa nada. ¡Soy feliz! ¡Soy tan feliz!

Ariel está a mi lado. No irá al trabajo. Me pregunta si quiero ir de vacaciones, que todo volverá a estar bien. Dice que me ama. Extrañamente no me importa. Quiero que se vaya. Quiero estar sola. Quiero otra vez «eso». ¿Vendrá estando él?

Llega mi madre, que discute con Ariel por cualquier cosa, culpándolo de lo que me pasa. Pero no puedo hablar, decir que se vayan todos, que estoy bien. Sólo estoy feliz. ¿Qué nadie sabe lo que es eso?

Todos duermen. Ariel lo hace en una cama que está cerca de la puerta. No recuerdo haberla visto antes ahí. Al fin puedo moverme. Y voy a mi estudio. No me extraña que la computadora esté encendida y la música suena nada más poner un pie en la estancia. Sé que la luz roja y Andrea son la misma cosa. Y estamos juntos. «Siento» sus palabras. Las siento en mí. Comprendo lo que me dice y que debe irse. Sabe que amaré al niño. El elegido. ¿Nos volveremos a ver? ¡Claro que sí! Pero no seremos los mismos. Estamos juntos hasta el amanecer que es saludado por un relámpago plateado que instantáneamente convierte la noche en día. Es una centésima de segundo, suficiente para la -121- despedida. La neblina roja sale de mi cuerpo y con velocidad increíble desaparece en el lejano cielo.

Todos están contentos hoy. Yo también. Sé que todo está bien. Ariel llora de alegría al saber que será padre. Mi madre habla con Rodrigo y Rosaura que se miran enamorados y agradecen la fiesta de compromiso que le ofrecimos los amigos.

Devuelvo la computadora a la oficina de Ariel. Total, este año no podré ir a la universidad con la llegada del bebé.

Star y Sten emergen tras las cárcavas de unas nubes grises. Sus rostros denotan la angustia que los embarga. Hoy se cumple el plazo. ¿Habrá tenido éxito la misión? Tiemblan al pensar en una respuesta negativa. ¡Mil años de maldad aniquilarían a los sobrevivientes del Etel!

Les preocupa el rayo que apareció en el cielo faltando un segundo para el aterrizaje. Podría haber alterado su itinerario. Y si ocurrió esto, habría perdido a la elegida.

Un estremecimiento de horror los sacudió al pensar que todo dependería del azar. ¿Y si no encontró a la mujer adecuada? Todo se habría perdido.

Los parlantes ubicados arriba inician el tonteo regresivo. Detrás del horizonte, un ejército de sombras ondulantes espera en silencio el veredicto. Se juega la felicidad de todos. ¡Nunca volverían a ver a los seres amados que dejaron «allá» si «La esencia» fracasa!

Diez, nueve, ocho, siete, seis... Una vibración extraordinaria sacude todo el entorno. Quedan expectantes. El momento ha llegado.

Un hombre joven, envuelto en una túnica flameante, emerge de la nada. Sus brazos están encendidos con luces rojas que se desprenden y toman la forma de una flecha, describe una graciosa parábola y se introduce dentro de la probeta.

El cielo estalla en exclamaciones de júbilo, risas, música y alegría.
El nuevo guardián de «La esencia» dice llamarse Andrea. Star y Sten ya pueden descansar ahora. Él se encargara de todo. Hay mil años de bonanza asegurada. Para pasarlos con placer nada mejor que la música de Mozart.

-123-

Primer e-mail

-[124]- -125-

A: Gonz.2000.com

De: Gonz.2001.com

Asunto: ¿Quién eres?

Fecha: lunes 2, 11.29 a. m.

Estimado amigo/a:

Éste es el primer e-mail que envío en mi vida. ¿Y qué mejor destinatario que la persona que tenía el nombre que elegí y me rechazó el correo? Porque ya existía. Y eres tú. ¿Podemos ser amigos/as? Soy alta, morena y secretaria ejecutiva. Me gusta leer, bailar tango y caminar bajo la lluvia. Espero tu respuesta. Adiós. Cristina

A: Gonz.2001.com

De: Gonz.2000.com

Asunto: ¿Quieres ser mi amiga?

Fecha: lunes 2, 5.23 p. m.

Estimada amiga:

Encantado de conocerte. Parece que somos principiantes ambos en este asunto de la informática. Yo también escribo por primera vez un e-mail. Feliz que me hayas pedido que seamos amigos. ¡Claro que sí! Además, me gustan mucho las morenas, espero que no te molestes con esto. Yo soy alto, trigueño. ¿Y puedes creerlo? También me gusta leer, caminar, aunque no precisamente bajo la lluvia. Y sí. Me gusta bailar tango. Tengo 39 años y estoy encantado de conocerte. Agustín

A: Gonz.2000.com

De: Gonz.2001.com

Asunto: Tengo un nuevo amigo

Fecha: martes 3, 11.37 a. m.

-126-

Estimado Agustín:

¡Qué coincidencia! Nos gustan las mismas cosas. ¡Es increíble! ¿Eres casado? Espero que no te moleste la pregunta. Es para conocernos mejor. Tu amiga: Cristina

A: Gonz.2001.com

De: Gonz.2000.com

Asunto: Soy soltero. ¿Y tú?

Fecha: martes 3, 4.48 p. m.

Querida Cristina:

Soy soltero, espero que tú también. Así podremos salir juntos un día de estos, a bailar tango. Digo, si no tienes novio. ¿Cuándo es tu cumpleaños? Es para saber cuando saludarte. Un beso de tu amigo Agustín.

A: Gonz.2000.com

De: Gonz.2001.com

Asunto: También soy soltera

Fecha: miércoles 4, 10.59 a. m.

Querido Agustín:

Soy soltera. Y me encantaría conocerte y salir a bailar contigo. Mi cumpleaños es un 12 de agosto, no te diré cuántos años tengo, porque eso no se le pregunta a las mujeres. Cuando nos conozcamos tú me dirás cuántos crees que tengo. Un beso de Cristina.

A: Gonz.2001.com

De: Gonz.2000.com

Asunto: Soñé contigo -127-

Fecha: miércoles 4, 3.38 p. m.

Queridísima Cristina:

¿Sabes que anoche soñé contigo? No quiero decirte qué porque podrías enojarte. Pero te di un beso. Y me dejó con ganas de dártelo personalmente. Espero no te enfades con esto. ¿Nos vemos este sábado? Dime dónde y ahí estaré. Un beso muy apasionado de Agustín.

A: Gonz.2000.com

De: Gonz.2001.com

Asunto: Yo también soñé contigo

Fecha: jueves 5, 9.37 a. m.

Querido Agustín:

¡Es increíble! Yo también soñé contigo, así sin conocerte, pero eras tú. Lo sé. Este sábado no podré verme contigo. Sí puedo mañana a la noche. Te espero en la plaza «La Concordia» que está frente a la Terminal de ómnibus. A las 19.30. Me pondré una vincha roja y tendré una blusa blanca. Un beso. Cristina

De: Gonz.2001.com

A: Gonz.2000.com

Asunto: Nos veremos mañana

Fecha: jueves 5, 3.49 p. m.

Queridísima y soñada Cristina:

Para que veas lo importante que eres para mí. Mañana a la noche juega la selección de fútbol y no veré el partido (soy fanático del fútbol) porque te prefiero a ti. Estaré ahí. Yo llevaré una camisa a cuadros y un vaquero negro. Por las dudas, también tendré un periódico doblado en las manos.

Besos y te espera con ansias: Agustín

-128-

María sale del baño envuelta en una toalla azul. Me sonrío. Está muy amable. Me pregunta si veré aquí el partido o iré a la casa de Pedro. Iré a lo de Pedro. Ella también saldrá, en unos minutos. Su sobrina Alicia la necesita para cortar unas telas. Mi mujer es modista, bastante buena, pero no tiene mucho trabajo, así que por las mañanas sigue siendo secretaria. No me gusta, pero seguirá ahí hasta que tenga algo mejor, eso es lo que dice ella.

Estoy impaciente porque salga. Debo ver a Cristina y ya son cerca de las siete. María se despide con una sonrisa y una estela de perfume que casi marchita a los geranios de las planteras que están en el balcón. Me da un beso y me dice que volverá a eso de las diez. Con una sonrisa agrega: «Total, el partido terminará a esa hora y no me extrañarás». Sí, tiene

razón. Pero lo que sí me extraña ahora mismo no es la blusa blanca que tiene puesta sino la enorme vincha roja que rodea sus lacios cabellos que brillosos caen dócilmente sobre sus hombros.

Cuando va a salir, me mira unos instantes y con voz baja, casi inaudible me dice que me queda muy bien mi camisa a cuadros. Vacila unos instantes y sacude sus cabellos como queriendo desechar una idea que no quiere aceptar. Mira insistentemente mi vaquero negro.

Deja caer mansamente su mirada en el diario que tengo doblado sobre el sofá. Creo que se ruboriza.

Yo no sé qué pensar. Me siento algo intranquilo. Dice adiós con la mano en alto y se va. La miro desde la ventana. Llega a la acera, se saca la vincha roja y la deja en un gran bote de basura.

Tomo el periódico que tenía doblado sobre el sofá y lo boto entre los desperdicios. Y eso que hoy no lo leí.

-129-

t-quiero.com

-[130]- -131-

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Estaré ocupada

Fecha: lunes 4, 10.40 a. m.

Querido Juan:

Te contestaré extensamente el sábado. Ahora no puedo, porque estoy muy ocupada. Un beso: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: ¿Y la foto?

Fecha: lunes 4, 1.41 p. m.

Querida Laura:

¿Ocupada en qué? Estoy enojado contigo. ¿Y la foto que me prometiste? Dos besos: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Va foto

Fecha: martes 5, 10.31 a. m.

Querido Juan:

No te enojas conmigo. Espero seas comprensivo. Estaré en un taller de teatro. Ahí va la foto prometida, así que ahora ya me conoces. Espero la tuya. Escribiré con más detalles el sábado. Tres besos: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Estás rebién

Fecha: martes 5, 0.37 p. m.

Queridísima y adorable Laura:

Ya me pasó el enojo. Estás rebién. Ahí va mi foto. Tengo clases hoy y debo corregir exámenes para entregar las calificaciones el viernes. Cuatro besos: Juan

-132-

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Estás muy guapo

Fecha: miércoles 6, 7.20 a. m.

Queridísimo Juan:

Estás muy guapo en la foto, en realidad, guapísimo. Te creí mayor. Cinco besos: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Quiero conocerte personalmente

Fecha: miércoles 6, 8.38 p. m.

Queridísima y adorable Laura:

Quisiera conocerte personalmente. ¿Qué opinas? Si la respuesta es «sí» el domingo me tendrás en tu pueblo. Seis besos: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Yo también quiero

Fecha: jueves 7, 11.39 a. m.

Queridísimo Juan:

La respuesta es «sí». Te espero a las 10 de la mañana en la plaza del pueblo. Como hay sólo una, la encontrarás fácilmente. Estaré en el banco que está al lado del reloj de arena. Estoy muy ansiosa por conocerte.

Siete besos: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Ya compré el boleto

Fecha: jueves 7, 4.50 p. m.

Querida y adorable Laura:

Ya tengo los boletos para viajar a tu pueblo. Apenas aguanto las ganas de conocerte. ¿Cómo va tu taller de teatro? Ocho besos: Juan

-133-

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Tengo gripe

Fecha: viernes 8, 7.14 a. m.

Queridísimo Juan:

Tengo una gripe terrible, apenas me sale la voz. No puedo ir al taller hoy. No sé si enviarte los ocho besos con el virus de la gripe. ¿Los recibirás? ¿Sí? Ahí van: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Tengo tos

Fecha: viernes 8, 11.30 a. m.

Queridísima y adorable Laura:

Recibí tus ocho besos con el virus y todo. Yo estoy con una tos que me tiene loco. Eso no impedirá que nos encontremos el domingo. Apenas pude entregar las calificaciones de mis alumnos. Pero lo logré. Nueve besos:

Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Tengo fiebre

Fecha: sábado 9, 7.30 a. m.

Queridísimo Juan:

Estoy en casa, pues sigo con fiebre. No sé cómo, pero mañana estaré en la plaza frente a la estación, con fiebre, gripe y virus incluidos. Diez

besos: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Yo también tengo fiebre

Fecha: sábado 9, 10.25 a. m.

Adorable y querida Laura:

Me consumo en todo tipo de fiebres. Por la tos, por la gripe, pero -134- sobre todo por ti. No te olvides. Mañana a las diez. Once besos: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: ¿Qué pasó?

Fecha: lunes 11, 6.29 a. m.

Querido Juan:

Me dijo mi mamá que no pudiste ir por la fiebre. Yo tampoco. Me contó que tu papá es guapísimo, muy parecido a ti, pero varios años mayor. ¿Pasó algo con ella? Lo digo porque vino muy contenta. Dice que le digas a tu papá que «la docena fue perfecta». ¿Sabes a qué se refiere? Cariños: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Papá se enamoró

Fecha: lunes 11, 15.17 p. m.

Querida Laura:

Siento mucho no haber podido ir al pueblo, pero estaba terriblemente enfermo; por eso pedí a papá que fuera en mi lugar y te explicara todo. Se encontró con tu mamá. Me dijo que es igual a ti, con varios años más, claro. Papá también vino muy contento y creo que la «docena» se refiere a besos. ¿Puedes creerlo? Dice que se verán el jueves en el mismo lugar.

Cariños: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Mamá se enamoró también

Fecha: martes 12, 7.29 a. m.

Querido Juan:

Estoy mejor de la gripe. ¿Y tú? Dice mi mamá que le digas a tu papá que lo quiere mucho, que anoche soñó con él y que lo espera, sin falta, mañana donde él sabe. ¿No es romántico? Estoy -135- muy feliz por ella.

¡Tantos años sola desde que la dejó papá! Un abrazo: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Papá quiere a tu mamá

Fecha: martes 12, 9.07 p. m.

Querida Laura

Papá dice que quiere a tu mamá y espera con ansias el día jueves. ¿Ella

también va al taller de teatro? Tuyo: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: No estaré mañana

Fecha: miércoles 13, 7.23 a. m.

Querido Juan:

Mañana no te escribo porque mamá viaja y yo también. ¡Ah, dice que le
hagas llegar a tu papá una docena de besos! Adiós: Laura

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Yo tampoco estaré

Fecha: miércoles 13, 10.45 p. m.

Querida Laura:

Dice mi papá que le devuelve los besos, elevados al cubo. Hablamos: Juan

A: Juan.com

De: Laura.com

Asunto: Decir «sí»

Fecha: viernes 15, 5.49 a. m.

Juan, amor mío:

¡Quién iba a pensar que ambos enviaríamos las fotos de nuestros hijos! Soy
inmensamente feliz. Te lo debo a ti. La respuesta es «sí». Sobre la fecha
de la boda hablamos más tarde. Debo decírselo -136- a Nina, mi hija,
la de la foto, ¿recuerdas? Una docena de besos, ya sin virus. Te quiere:
Laura.

A: Laura.com

De: Juan.com

Asunto: Voy esta noche

Fecha: viernes 15, 8.34 a. m.

Laura, mi dulce amor:

Esta noche voy a tu casa. Te presentaré a mi hijo Augusto (el de la foto
que te envié). Mejor nos conocemos todos ya que vamos a ser familia.
Recibí la docena de besos. Hoy te los devolveré personalmente, uno a uno.
Te adora: Juan

A José Vicente Peiró Barco

Por todo

La trayectoria del cuento en el Paraguay

I

Desde los remotos tiempos de Ruy Díaz de Guzmán (que no todo es historia lo que dice el recuerdo, parodiando a don Macedonio Fernández) iniciador de la narrativa en lengua hispánica con sus interpolaciones literarias aunque él no se lo propusiera, el relato adosado a la tarea imaginativa ha tenido en nuestro ámbito antiguo prestigio, si bien no acompañado por la necesaria persistencia creativa.

La expresión hispánica, y aun la propia temática, se mantiene desde la extensa época preindependiente hasta la silenciosa aparición del romanticismo en lo que va (nada menos) de 1537 a 1870, es decir, hasta los fragores mismos y el trágico final que, en la letra, sólo se evidenciarán a través del periodismo de guerra (particularmente «Cabichuí», «El Centinela» y «Cacique Lambaré», este último extremando a propósito la nota vernácula).

Puede señalarse que en el prolongado asedio posromántico (1870-1910) es cuando se verifican los mayores aportes por medio de algunos nombres significativos adheridos al influjo del «color local», vía el inevitable «americanismo literario» de época, de tanta vigencia entre los finales del siglo XIX y comienzos del XX, en el Río de la Plata, subyacente a pesar de la notoria presencia de corrientes europeas en auge, representadas, en mayor medida, por el naturalismo, que aquí recién se presentará en el primer lustro del 900.

Pero los autores previos que en el plano de la leyenda más contribuyeron, en tal etapa, a la difusión del relato breve, fueron: Enrique D. Parodi (1857-1917); Diógenes Decoud (1857-1920) y Adriano M. Aguiar (1859-1913), cuyas producciones tuvieron origen en los respectivos lugares de residencia: Argentina y Uruguay. Los tres murieron fuera del país.

La narrativa correspondiente al modernismo (1901-1931) tiene, como se sabe, más larga vigencia y comprende dos sectores: a) el propiamente dicho que se extiende desde los inicios del siglo anterior hasta 1920; b) La eclosión posmodernista, señalada entre 1920 y 1930, muy -6- debilitada, por supuesto, en sus últimos tramos.

Todo esto tiene que ver con los avatares de la prosa unida al modernismo, que en el Paraguay inauguraron desde el 900 dos ensayistas ilustres: Arsenio López Decoud (1867-1945) y Manuel Domínguez (1868-1935). El tema exótico, con indudable influencia francesa que desde su andarivel posromántico había ofrecido Aguiar (1903) se acentuará con Fortunato Toranzos Bardel (1883-1942) a partir de 1906.

Esa orientación será retomada, dentro del grupo de Crónica (1913-1915) por Leopoldo Centurión (1893-1922) y Roque Capece Faraone (1894-1928), entre varios, cuyas narraciones cortas tienen un indudable rasgo historicista heredado. Tal había sido, venida de arrastrón, por la presencia del poeta argentino Martín de Goycochea Menéndez (1877-1906), influjo que se mantendrá (con el ejemplo de su libro Guaraníes, 1905, subtítulo: Cuentos de los héroes y de las selvas) hasta los años 20.

En la primera versión de Tradiciones del hogar (1921) de Teresa Lamas de

Rodríguez-Alcalá (1887-1975) y en no pocas páginas de Cuentos y parábolas (1922) de Natalicio González (1897-1966) se encontrarán las huellas dejadas por el autor de La noche antes. Ha de recordarse que en la década siguiente se edita el primer libro de Gabriel Casaccia (1907-1980): la novela Hombres, mujeres y fantoches (1930), característica de su pre-historia literaria, capítulo en que se ubican los cuentos de «El guajhú» (1938). De «La babosa» (1952) en más, ya todo en su obra será distinto.

Puede afirmarse en un orden cronológico no siempre estricto el agrupamiento de 1940, que produjo con posterioridad a seguros narradores como Josefina Plá (1903-1999), Hugo Rodríguez-Alcalá y Augusto Roa Bastos (ambos de 1917), es el que inaugura el rumbo de la narrativa (o «cuentística») que en términos generales habrá de llamarse contemporánea y que se extiende hasta el sector inmediato (1950), donde se da el caso de poetas devenidos narradores: José María Gómez Sanjurjo (1927-1988), José Luis Appleyard (el mismo año y fallecido en 1998), Rodrigo Díaz-Pérez (1924), Rubén Bareiro Saguier (1930) y Carlos Villagra Marsal (1932). Desde el 60 en adelante rigen otras pautas que con las debidas precauciones podrían denominarse «estéticas». Otras influencias, otros gustos y estilos predominan. Su marco referencial excede la simple (y -7- a veces tenaz) enumeración historicista, tan propensa al recuento lineal.

También será necesario tener en cuenta la producción indicada entre 1940 y mitad del 60, tan variada (individualmente) en modos estilísticos como en los temas escogidos. En ese aspecto el liderazgo de Casaccia (que no pertenece a ninguna «generación»), Rodríguez-Alcalá (don Hugo) y Roa Bastos, resulta insoslayable, sin quitar valor a quienes pudieran completar la nómina, siempre en alusión a los cultores del cuento. Esta especie de mural literario, ceñido a cánones más informativos que interpretativos, termina cuando empieza el quehacer de la década del 50 y algo más. Lo que viene luego es otra cosa.

II

Y ahora, a la autora (no en verso, por supuesto). Mas, antes será preciso recordar que la literatura calificada como «femenina» entraña un hecho que en cierta manera puede ubicársela en límites contemporáneos, sin demeritar las aportaciones anteriores. Aunque se torna imperioso aclarar que nada hay de concreto sobre la mítica figura de Marcelina Almeida y sus vínculos con el grupo de La Aurora (1860). Todos los indicios apuntan a creer que no era paraguaya (más bien oriental del Uruguay) y que ni siquiera pisó el país.

En consecuencia debe considerarse como adelantada en el relato local a la mencionada Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá, esposa de don José, que cultivó el relato en los comienzos del 900, y madre de Hugo. Por lo demás, la contribución de la mujer al mayor auge de las letras vernáculas

(en español) ha sido muy bien expuesta y explicitada por la escritora y narradora Dirma Pardo Carugati en el importante complemento a la reciente y segunda versión de la Historia de la literatura paraguaya por Hugo Rodríguez-Alcalá (Asunción, El Lector, 2000).

El libro de cuentos que hoy presenta Lucía Scosceria de Cañellas (proveniente de Nuestra Señora de la Encarnación de Itapúa) confirma su destreza en el oficio, ya que no es mezquina la bibliografía propia que puede ofrecer, dentro de la cual se manifiestan como variantes de una misma vocación sus poemas reunidos en volumen y sus novelas, -8- que se anudan así a sus otras narraciones, cuya culminación provisional es este actualísimo haz que tiene por título t-quiero.com, que viene a configurar la suma de dos experiencias inevitables: la nacida del vivir propio y la de la imaginación.

No podrá argüirse que su temática sea monocorde, ni que la estructura de sus relatos pertenezca (salvo apariencias) a otros planos que el que impone el desarrollo del ordenamiento narrativo. Esto se muestra claro en la extensión de sus cuentos, que no están trazados a capricho.

Aparte, de «El Destello del Trueno», lo que continúa tiene un elocuente sentido de oralidad (después de todo ésta responde, hasta nuestros días, a la mejor tradición paraguaya) y se rige por una intercalación de sucesivas situaciones que cambian, en los lindes del lenguaje literario, de acuerdo, incluso, a la exposición de estados de ánimo transmitidos, en forma que el relato lo permita, de la primera a la tercera persona.

Igualmente hay que agregar que la incorporación de un anecdotario no siempre convencional favorece la claridad del intento que lleva a la comunicación con el lector, en un afán receptivo que se sostiene sin desmayos en todas sus páginas. No se trata de una «claridad» premeditada (uncida a los actuales estragos de la «cultura light») o siquiera la famosa cortesía, razonada por Ortega como una de las obligaciones del filósofo, sino de ésta que parte de la necesidad del cómo decir antes que el qué decir.

Y si algún dejo «emocional» (más que «emotivo») deja rastrearse entre la trama literaria, preciso será reconocer que también su percepción queda a cargo del lector, más que del crítico. No está de más añadir que en eso ha consistido la maestría y a la vez el magisterio de Borges al encarecer (en prosa y en verso) la trascendencia del lector (en él paradójicamente el que escribe y el que lee), supremo artista de lo propio y de lo ajeno, en una especie de secreta y silenciosa entrega.

Tanto el cuento: «El Destello del Trueno» como «Voz ronca al teléfono», «La cita» y «No podrá ser» se identifican más que con lo mágico, con lo fantástico, sabiéndose ya que aunque aparentes hijos de una misma madre, suelen asumir su plena autonomía vital. Nuestra América es al respecto un terminante ejemplo venido del norte y vuelto del sur.

-9-

En lo que se ha señalado sobre las propensiones a una más afianzada extensión, relacionada con los intereses del relato, cabe apuntar que «Feliz cumpleaños», «París, París» y «Primera comunión» certifican la capacidad de la autora para arribar a los lindes del cuento largo, que al fin de cuentas no suele ser más que una variante de la novela corta, según universales ejemplos.

Algo más: personas y paisajes funcionan aquí (repetimos) como elementos no vertebrales, pero sí necesarios, sin ceñirse a ellos con exclusividad. El shock psicológico o el trazo pictórico (por llamarlos de alguna forma) son elementos dependientes implícitos y por ello mismo no determinantes en cuanto al curso del relato.

Si bien no hay «pintoresquismo» ni forzoso «color local» en su obra (el que puede descubrirse pertenece a las gradaciones del texto y no son otros que las impuestas por la misma autora), dicho esto para permitir un nuevo recuento: el de la «marca» del interior en nuestras letras. Habrá que celebrar que desde una de «villas» seculares los dones de la vocación y del trabajo (el ostinato rigore de Leonardo) hallen en Lucía a una desvelada vigía de sus propios sueños.

La autora ha creído oportuno incluir tres relatos finales «electrónicos» en tiempos que para ella satisfacen las expectativas de la narración. Aunque ellos no son un suma y sigue, sino un mundo distinto en el amplio universo de la imaginación, pueden, sin deterioro del conjunto, incorporarse a un experimento que tiene mucho de aproximación a la destreza literaria y un poco del aire propio de lo que en épocas que parecen remotas se denominaba «comedia de enredos» aunque no siempre detenida en la expresión teatral.

Alguien creerá que se trata de un divertissement adherido al auge de la globalización. De la persistencia y del horizonte aplazarse por la autora dependerá en mucho su caracterización dentro de su propia obra. O sea, en particular, sin dudas, habrá de venir.

(Isla Valle de Areguá, febrero de 2001)

Raúl Amaral

-[10]- -11-

Presentación

Tal vez en este libro de cuentos sea donde la escritora Lucía Scosceria esté más presente. No sólo porque se trata de vivencias de su infancia y adolescencia, sino también porque en la libertad con que han sido elegidos los temas, en las pausas del estilo que medita sobre la posición del que escribe, aparece el bosquejo inmediato, y quizás por eso más eficaz, de una teoría inédita y de una trasparente ternura, hasta cuando se refiere a la máquina.

Lucía Scosceria apunta a reflejar su propia identidad, su ayer que aparece con una frescura de cosa elemental y que requiere la insistencia de una permanente confrontación con ella misma, corrigiendo sus originales, buscando la semántica o tratando de lograr finales insólitos que en suma hacen a la esencia universal del cuento. ¿Hasta qué punto las vanguardias estéticas de este siglo habrían intentado exhibir lo impresentable, provocar ese efecto de vaciamiento del sentido que Kant llamara lo sublime? Quizá el lugar al que han llegado las artes contemporáneas (Lyotard analiza sobre todo la literatura y la música) sea el escenario imposible de ciertas modulaciones más terroríficas que placenteras. Éste

precisamente no es el caso de Lucía Scosceria. Su prosa goza de una fresca sencillez, tal como preconizaba el inolvidable cuentista de la selva Horacio Quiroga, quien rogaba se escribiera con el mejor estilo para el común de la gente.

Es más fácil imitar a esta autora en el desliz y en el declive idiomático que en su imaginación creadora emparentada con un fino humorismo como en el cuento «Una lata de cerveza para Gabriel». Su visión sobre el pueblo en que vive (Encarnación) es como andar una antología, donde se suceden el amor, los changarines, las vías del viejo ferrocarril, y por qué no, la computadora, humanizada por las circunstancias del Hombre. Dentro de este mismo concepto existe una visión homogeneizada de cosas que parecen cuentos, pero que hacen a la historia de un pueblo que vive, que sueña y recrea su existir en la cotidiana pasión de encontrar su propio destino. Esta tendencia de encontrar la paraguayidad, la esencia de su «perla del sur» hacen que Lucía vea lo suyo con el referente pueblo -político-ideológico de lo prehispánico, pero también de las etnias que siguen -12- poblando la región.

Este libro es un verdadero esfuerzo de una escritora que reside en el interior y que trata de incorporar a su comarca y a su país, un nuevo libro, que es como un nuevo hijo en la prolífica producción de Lucía Scosceria. Los autores de la región se congratulan con este nuevo trabajo que sirve porque integra fronteras y se expande con el permanente mensaje de América Morena.

Pedro Abdón Fernández

poeta, escritor, periodista del diario El Territorio

Misiones (Argentina)

-13-

El Destello del Trueno

-[14]- -15-

Mi corazón late como un gorrión enjaulado. Siempre es así cuando algo me asusta. Pero... ¿debo temer algo? Mientras me hago esta pregunta las palabras en la pantalla toman la forma que «Destello» quiere que ellas tengan.

-Mañana lo debo hacer de nuevo.

-¿Qué harás de nuevo? -contesto temiendo la respuesta, adivinándola.

-Eso.

Un estremecimiento involuntario me eriza los pelos de los brazos desnudos. Un frío sudor erupciona bruscamente sobre mi piel.

Sé a qué se refiere. Pero... ¿dirá la verdad? Detrás del monitor no siento timidez alguna, soy otra persona, sin inhibiciones, sin problemas. Muchas veces uso la mentira como un juego inocente para mantener curioso a mi interlocutor en Internet. Pero entre todos mis «amigos» cibernéticos, «Destello» es el que más me intriga. Ejerce sobre mí una atracción fascinante, hipnótica. Pero... ¿quiero realmente saber la verdad? No lo sé. Es curioso, pero nunca me pregunté si sería uno de mis «contactos»

preferidos si hubiera sido diferente de lo que dice que es.

-¿Estas ahí, «Trueno»?

Pregunto cuándo lo hará.

-Mañana.

¿Cómo saber si miente? ¡Cuántas veces lo hice yo! Recuerdo cuando nos «conectamos» por primera vez y nos dimos nuestras señas particulares. Sus veinte años no eran problema (¿los tendría?). La respuesta a la clásica pregunta sobre sus actividades laborales fue la sorpresa. Las palabras «asesina profesional» fueron el gancho para que la colocara en mi archivo de personas interesantes.

Yo contesté con algunos datos, todos ficticios, desde luego. Le seguí la corriente. Le gusté. Nos comunicamos a menudo, contándonos cosas y sintiéndonos bien con nuestras charlas. «Destello» es el único amigo que me sigue interesando desde -16- que tengo Internet. Los demás me aburrieron enseguida y les di el fin que doy a todas las cosas que llegan a ese estado. El olvido. Tiene «algo» que me llega. No puedo definir qué. Tal vez sean sus comentarios inteligentes, o sus palabras tiernas y su fino sentido del humor. A veces dice cosas cómicas, que me hacen reír. También hay temas sobre los cuales no quiere hablar, entonces no insisto.

-¿Otra vez acá?

La voz áspera de mi cónyuge me sobresalta. No quiero que lea lo que tengo escrito en la pantalla, rápidamente muevo el mouse y evito que lo haga.

-¿Qué quieres? -respondo, tratando de disfrazar el fastidio que me produce cuando entra en lo que considero mi «salón privado», el lugar donde está mi computadora.

Sin responder se retira con un portazo dándome a entender que odia lo que estoy haciendo. Lo sé y no me importa. Mi «adicción» como la llama mi consorte, está ocupando un lugar primordial en mi vida. Ya no lucha contra ella. Se ha limitado a hablarme de la comodidad de tener dormitorios separados, «puesto que tenemos intereses tan dispares». Consentí sin problemas, para que no sepa la hora en que me acuesto y así «navegar» a mis anchas. Tal vez en el fondo prefiera que tenga esta distracción con la que me encierro en mi estudio, en vez de salir de casa... como antes.

Cuando tengo la seguridad de que nadie está en la habitación, vuelvo a lo mío. Hoy «Destello» quiere contarme algo. Lo adivino por sus respuestas largas, dándome lugar a interrupciones para hacer preguntas aclaratorias.

¿Cómo olvidar lo que pasó tres meses atrás? Ella dijo que tenía un «contrato». Como siempre, le seguí la corriente nadando en mi escepticismo natural. Sólo que una semana después, en un periódico local, en un recuadro pequeño, leí una crónica policial. La autopsia hecha a un abogado que había muerto al accidentarse con su auto, reveló que tenía en la nuca una bala de -17- nueve milímetros. Una noticia como tantas de las que se oye en la región. A mí me sacudieron cuatro cosas de esa lectura: la fecha del accidente, la profesión del difunto, la ubicación de la bala y sus medidas. Detalles que me había dado «Destello» días antes. A pesar de que sentí la adrenalina correr impetuosa por todo el cuerpo, quise disculparla. Coincidencias, me dije. Pero me causó una impresión tan grande que no me comuniqué varios días.

Cinco. Fueron todos los que pude aguantar sin ponerme en contacto. Sin nuestras conversaciones faltaba algo. Me sentía tan triste. La necesitaba.

¿Curiosidad? ¿Atracción? ¿Obsesión? ¡Qué sé yo! No le puse rótulo, pero me aferré a mi computadora esperando, rogando que ella estuviera ahí. Y estaba. ¡Qué alegría! ¡Qué euforia! ¡Y qué alivio! Todo era nuevamente bello, alegre, me sentía fuerte y con ganas de hacer de todo. Olvidé mis problemas conyugales. Como no sé cantar me puse a silbar una tonada que creí olvidada.

No quise hablar sobre lo que había leído en el diario. Tal vez más adelante lo hiciera. Y me sumergí en el placer de comunicarnos. Nuestros temas se volvieron algo personales, comencé a usar un poco más la sinceridad. Total, ella no sabía dónde vivía ni cómo era yo. La siento sincera, pero... ¿quién puede asegurarlo? Nadie.

Así hablamos por días, semanas, hasta hoy.

Vuelvo morbosamente al tema del asesinato. Pregunto cuánto le pagarán. Me dice una cantidad. Pregunto qué razones le dieron. No suelen darlas. Pero que en este caso (un clásico, según ella), el tipo sí dio explicaciones. Nunca le interesaron, desde luego. Quería matar a su mujer para estar con su amante, el divorcio lo arruinaría todo ya que perdería el dinero. Era todo de ella.

-Así que usarás tu frase ejecutora por última vez, ¿verdad?

Me sonaba algo folletinesco lo de: «¿Sabe cuándo es la hora de su muerte?», pregunta que precedía a la ejecución de sus víctimas, -18- según «Destello».

Me respondió afirmativamente y me despedí. Hasta creo que le deseé suerte. (¿Cómo pude hacerlo?). Pero en el fondo no le creo nada. Y si es verdad... ¿Soy cómplice? Me obligo a no pensar más en ella y sin bañarme me arrojo a la cama vacía de la que me levanto sin haber conciliado el sueño. En la oficina la secretaria me sirve un café fuerte, como le había pedido para despabilarme. No lo consigo del todo. Cometo miles de errores en el trabajo. A las dos, me dirijo con premura al amplio estacionamiento donde se encuentra aparcado mi vehículo. Busco la llave para abrirlo. Un joven delgado me pregunta amablemente la hora, distraídamente le contesto. En vez de darme las gracias hace otra pregunta:

-¿Sabe cuándo es la hora de su muerte?

La sorpresa me impide hablar, reaccionar. Sé que palidecí bajo el maquillaje. En décimas de segundo supe que mis sospechas sobre las relaciones que mantiene mi marido con Miguela eran fundadas. Pero eso pasa ahora a segundo término. Quiero gritar que se detenga, que soy «Trueno», pero el estruendo que produce la pistola al dispararme me indica que «Destello» ha realizado con éxito su último trabajo...

-19-

Contraseñas

-[20]- -21-

Lucas pesa mucho y el bolso lleno de provistas que traigo del súper también. Lloro cuando lo bajo para abrir la puerta del departamento. Marcos ha llegado. El olor del cigarrillo rubio que fuma me lo dice. Lo saludo y me responde con un gruñido. Va hacia su recinto «sagrado» como lo llamo yo, así que no lo molesto. Sé que no le gusta que le hablen cuando

está encerrado en su cuarto de estudio. Él cree que no sé de sus «juegos» en la computadora. En realidad, no me interesan. Que tengan ellas sus palabras. Yo lo tengo a él en carne y hueso.

Preparo su receta preferida mientras Lucas se entretiene con sus juguetes. Pronto lo aburren. Esta tarde lo llevaré al parque para que respire algo de aire fresco. Debo apresurarme, ya son las once. Marcos volverá a salir a la una.

Imprimo el último trabajo y estoy libre, por lo menos por la mañana. Las once y media. Tengo tiempo de revisar mi correo antes del almuerzo. Hoy me escribieron muchos amigos, pero «ella» no lo hizo. Abro algunos mensajes. Los contesto enseguida. Mi mujer entra a la pieza subrepticamente. La presiento antes de verla. Menos mal que estoy contestando el e-mail de un amigo, no necesito cerrarlo. Ella se coloca detrás de mí. Me hace un masaje suave en los hombros, mientras me dice que el almuerzo tardará sólo unos minutos. Sé que ella lee el texto en el monitor. Dejo que lo haga. Sin ningún apuro guardo el material antes de enviarlo.

La acompaño al comedor donde juego con Lucas. Ella prepara la mesa con una sonrisa misteriosa en los labios.

No pido a Marcos el dinero que voy a necesitar esta mañana para tener una excusa e ir a su oficina. ¿Que quién está en su oficina? -22- Su nueva secretaria. Bueno, no tan nueva. Hace dos meses que la contrató. ¡Qué coincidencia! El tiempo exacto en que se volvió conmigo más frío que un témpano de hielo.

Pero lo que realmente me puso sobre aviso fue una conversación telefónica que oí «sin querer» entre mi marido y Franco. Hablaban con gran entusiasmo sobre «los grandes atributos» de la chica. Me imaginé de qué se trataba. Así que dejo a Lucas en el jardín de infantes y me doy una vuelta por su trabajo.

Es bonita, no hay dudas de ello. También es joven y parece inteligente. Cuando supo que era la esposa de Marcos su mirada se volvió diferente, como midiéndome. En la comparación se dio varios puntos de ventaja. Marcos no está y se ve en apuros para impedirme entrar a su despacho. Nos hablamos con cortesía, pero ambas sabemos que mentimos.

Noto que puede ser un enemigo peligroso al cual hay que eliminar cuanto antes.

Son las doce de la noche. Ella duerme. Con infinitas precauciones me levanto de la cama para no despertarla. Voy a mi estudio. Busco el mensaje que esperé desde ayer. Sí, al fin. Lo abro y me llevo la sorpresa de mi vida. «Ella» me dice que no vuelva a escribirle nunca más. No soporta la mentira, bueno, tal vez alguna pequeña, pero eso de «soltero» que resulta «casado» le pareció un sacrilegio. ¡Ah, y que no vuelva a comunicarme, porque ya cambió su correo electrónico! Pero... ¿quién pudo descubrirme? ¿Cómo leyeron mis correos? ¿Y cómo supieron mi contraseña?

Las seis «amigas» me dejaron mensajes con idénticos contenidos, con pequeñas variantes en lo que se refiere a algún insulto más fuerte o más grosero que otro.

¡En un solo día perdí a mis seis amistades preferidas! Me queda Margarita, la única que conozco personalmente y que sabe todo -23- de mí. La llamo por teléfono. Me dice que ella también recibió el mensaje. No, no se enojó porque me conoce. Entre risas me cuenta que la carta que recibió le

advertía «que era casado y padre ejemplar» y que no era «la única amiga informática». Como prueba daba una serie de correos electrónicos para que lo comprobase.

-¿Qué pasó? ¿Una amante despechada tuvo acceso a tu computadora?

Le juro y rejuro que no tengo amante alguna, que ella es la única (por lo menos que me quede una), y con la promesa que volveremos a comunicarnos, corto.

Me siento muy molesto por toda esta situación. En primer lugar, sentía un afecto especial por todas «mis amigas» a las que perdí de un sopetón, en segundo, que habían invadido mi privacidad. Leer mi correspondencia es un atentado a la intimidad. ¿Cómo lo hicieron? ¿Quién pudo hacerme esto? Debe ser alguien cercano. Y qué sabe de computación.

Mi mujer es un cero a la izquierda en informática, así que sólo me queda... Dafne.

Estoy seguro que es ella. Tiene acceso a mi computadora, ya que le dicto algún que otro mensaje en la oficina y quedamos a «platicar» a menudo. Sé que es muy celosa. Últimamente comenzó a hablar de lo lindo que sería vivir juntos.

Así que tomo esta importante decisión: cambiar mi contraseña para entrar en mis correos y, por supuesto, cambiar también la secretaria.

Marcos está muy cariñoso hoy. ¡Hace tiempo no está así conmigo! ¡Si hasta se ofrece para acostar a Lucas mientras me doy un baño!

Sus ojos me miran nuevamente con ese brillo que tenía cuando éramos tan unidos y que extraño tanto últimamente.

-24-

Elige una música suave y me invita a bailar. Mi cuerpo recuerda todavía cómo estremecerse de placer cuando me besa. Como quien no quiere le pregunto si ha despedido a la secretaria. Me responde que ahora eso no tiene importancia, que tenemos cosas más importantes que hacer. Tiene razón. Yo tampoco le digo que en estos meses me volví una experta en computación y que sólo un tonto pondría la fecha de nacimiento como contraseña para abrirla. En vez de eso, respondo a sus besos, cuidándome mucho de no reír a carcajadas.

-25-

La cita

-26-

Miro de reojo hacia la puerta entreabierta que da al corredor.

Con sigilo vuelvo a sentarme frente a la computadora. En menos de cinco minutos me estoy comunicando con Héctor. ¡Quién hubiera pensado que la austera jefa de personal tendría un amigo, que poco a poco estaba pasando al plano de pretendiente, por Internet! Éste es mi secreto, que lo tengo bien guardado.

El problema es que yo temo el encuentro, físico, se entiende. Me siento cómoda con el anonimato que me proporciona la pantalla, me hace desinhibida y natural. Lo comprendo. Sé todo lo que le gusta y lo que le disgusta. En qué trabaja, su vida pasada, que no se recuperó nunca de su viudez y sus sueños actuales. Mantenemos una relación totalmente

platónica. Nos compenetramos totalmente. Acordamos no hablar de nuestras señas particulares ni mandarnos fotografías. Nos gustan los mismos poetas; nuestro preferido: Gustavo Adolfo Bécquer, la música romántica, caminar por la orilla del mar, conversar sobre literatura, leemos los poemas que escribimos en nuestros ratos libres y pasear al anochecer. Nuestras edades son casi iguales. Y somos libres. Él viudo, sin hijos, yo divorciada, sin hijos. Me enternecí con el relato de su matrimonio breve, truncado por la enfermedad y muerte de su querida esposa.

Ahora Héctor viene de su Corrientes natal a Buenos Aires y exige encontrarse conmigo.

Pero: ¿Y si me considera gorda? ¿Y si le parezco vieja? ¿Y si le desilusiono? Todas estas preguntas me aterrorizan porque me siento locamente enamorada de él, de la persona que hace más de tres meses me devolvió la alegría de vivir.

Silenciosamente se me escapa un suspiro de la garganta. Las letras saltarinas de la pantalla me dan el saludo de Héctor en su sitio habitual. Me dispongo a contestar.

-Sí, el domingo. En la confitería «El paraíso», a las cinco de la tarde. Yo también estoy impaciente por encontrarnos. (Las letras no revelan que estoy mintiendo). Llevaré un vestido blanco. Tendrás puesta una camisa blanca, llevarás un ramo de rosas rojas en la mano.

No puedo dormir. Me doy vueltas en la cama sin poder conciliar -27- el sueño. Estos tres días previos al domingo me dejan con profundas ojeras. Mi idea no me parece tan brillante. Lourdes me va a ayudar.

Entro en la confitería con cierta aprensión. Busco la mesa más alejada de la puerta. Se encuentra poco iluminada. Me siento en la confortable silla como si fuera a desmayarme. Guardo en mi cartera el libro Rimas. Pido una gaseosa. Trato de tranquilizarme. Total, es imposible que me reconozca. Estoy vestida con una blusa rosa y una falda negra. Faltan diez minutos. Mis ojos no se apartan de la puerta. Entra y sale gente.

Se me corta la respiración. Un hombre de camisa blanca y un ramo de rosas rojas entra al lugar. ¡Es él! Es algo obeso, pero tiene una sonrisa a flor de labios. No es tan alto como me había dicho, pero todos podemos equivocarnos al describirnos. Lo veo mirar hacia todos lados, parece desconcertado. Su sonrisa se amplía mucho más al dirigirse al centro del local. La mujer de vestido blanco le sonrío. Él le entrega las flores. Se dan un apretón de manos y dos besos castos. Encontrados sentimientos me dejan confusa. Mis manos están heladas y mi rostro ardiente. ¿Qué se estarán diciendo? ¿Se sentirán bien juntos? ¡Soy yo la que debería estar en ese lugar! ¿Nunca superaré mi desconfianza hacia los hombres? ¡Diez años pasaron! Pero mi mente me muestra como una película en cámara lenta la cara asombrada de mi ex marido en la cama con otra. Como si fuera ayer. Lo perdoné, pero la desconfianza me tomó como amante. Nunca pudo abandonarme.

¡Pero me siento tan sola! Tal vez Héctor no sea igual, tal vez...

El local se llena poco a poco de gente. Paradójicamente me siento cada vez más sola.

Una carcajada se eleva de la mesa donde están Héctor y la mujer de blanco. Siento vértigos. Cierro los ojos unos instantes, pues las náuseas no me abandonan. Poco a poco me siento mejor. Las lágrimas me corren por las

mejillas arrastrando a su paso el maquillaje que con esmero me puse por la tarde. ¡Estoy arrepentida de haber enviado a Lourdes en mi lugar! Héctor no podrá perdonarme nunca. Se nota que la están pasando de maravilla juntos. Una nueva carcajada me hizo abrir los ojos anegados -28- en llanto.

Un desconocido dice algo sobre que no hay sillas en el lugar. Si le puedo dejar compartir la mesa. Que espera a alguien y no sé qué cosas más. Mi primer impulso es salir corriendo del salón. Poco a poco me calmo. El hombre cortésmente me entrega un pañuelo. Lo tomo con cierta vergüenza. No sé qué le digo, que perdí algo muy valioso, que soy cobarde, que nunca rehúya una obligación, que hoy había aprendido una lección y no sé cuántas cosas más. Sus ojos miran detrás de dos cristales transparentes, los que no impiden que vea en ellos cierta simpatía, no sé cómo estamos tomando café y le estoy contando todo sobre mi vida, mientras veo que Héctor y Lourdes están hablando muy animadamente sin dejar de reír.

El hombre dice que no me culpe por lo que hoy hice. Todos nos equivocamos, sin ir más lejos, él también había cometido muchos errores, que eran parte del aprendizaje del largo camino que se llama vida, donde nos caemos muchas veces, pero lo importante es levantarnos y volver a caminar. Creo que tomamos más de cuatro cafés, este hombre tiene la virtud de hacerme hablar hasta por los codos. Pienso si no será psicoanalista. De reojo veo que Héctor y Lourdes se levantan de la mesa. Él, caballerosamente, le retira la silla. Tomados del brazo toman rumbo hacia la calle.

Curiosamente no me siento herida. Se lo debo todo al desconocido. Él mira el reloj. Me pregunta si quiero caminar por la plaza que se ve frente a la confitería y agrega:

-Antes de que muera la tarde.

Una leve inquietud se acrecienta en mi pecho al escuchar esa frase:

-No estás tan sola como crees, sabes. Lourdes es una buena chica y creo que se llevará bien con mi amigo...

¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe de Lourdes? Lee el interrogante en mis ojos. Sin decir palabra va me pone en la palma de la mano un pequeño libro. Las Rimas de Bécquer. Comprendo todo. Yo, no digo nada. Le doy la rosa roja que tengo casi mustia dentro de mi cartera y frente a las miradas azoradas de todos nos damos un gran beso.

-29-

Celos que matan

-[30]- -31-

Vittorio sale silbando de la casa. Con pasos ágiles alcanza la calle. La noche es oscura. Los faros de un auto iluminan el camino. Apenas tiene tiempo de apartarse para no ser atropellado. Pero se equivoca. Rebota dos veces sobre el capot y sale despedido con fuerza hacia la pared que queda manchada emulando una pintura surrealista. Cae al suelo. La mirada llena de odio del conductor se fija en él por unos instantes. No muchos. Con un chillido ensordecedor de los neumáticos, el auto se pone en movimiento y se pierde en la próxima esquina. La muerte no puede borrar el gesto de sorpresa que permanece con absurda insistencia en los ojos abiertos de

Vittorio.

Siento sus ojos, mientras ejecuto la pieza. Me producen un efecto tan fuerte, que pierdo una nota, ante la mirada sorprendida del profesor Giovanni. Desvío la vista para no desconcentrarme y sigo con el Ave María. El violín llora entre mis dedos como si fuera una prolongación de mi cuerpo. Un aplauso cerrado premia mi actuación. Los condiscípulos me hablan todos a la vez, Giovanni me recrimina por la nota que perdí y Cecilia desaparece entre las personas que vienen a felicitarme.

La conocí hace dos meses, cuando ingresó al conservatorio. Tenía bonita voz de contralto. Me gustó, como le gustó a todo el elemento masculino de la Academia. Pero ella parecía no fijarse en nadie. La llamamos la «Inaccesible» porque no aceptaba ninguna invitación, ni de los chicos ni de las chicas.

Pronto se comenzaron a tejer historias sobre ella. «Era una millonaria de incógnito», o «Una pobretona que se avergüenza de su familia» fueron algunas de las hipótesis que se barajaron.

Nos intrigó tanto el caso que formamos una «comisión» encargada de conocer su identidad.

-32-

El grupo deliberó en un bar cerca de la Fontana. Después de varios vinos pagados por todos en justo prorrateo, se tomó la decisión. El mejor dotado físicamente debía conquistarla. Inmediatamente todos los ojos se fijaron en mí como si yo fuera el mejor candidato. Me negué rotundamente, por varios motivos, el principal, que no quería tener líos con Gina, mi actual pareja, unas años mayor que yo, celosísima y de muy mal genio. ¡Claro que sabía resarcirme de todo cuando estábamos a solas! Llevábamos juntos casi un año. Me había acostumbrado a ella. Además, contribuía con los gastos de la renta, la luz y el agua. Gracias a eso, podía pagar la elevada cuota de una academia tan renombrada como lo era la «Arte e Música» a la que asistía. ¡No podía arriesgar todo eso por una pavada!

Todos dicen que soy un tipo bien parecido, pero yo no lo creo así. Las mujeres se me dan fácil, según ellas, porque les cautiva la mirada profunda de mis ojos. En realidad, no veo qué tienen de raro, son de color marrón como los de la gran mayoría de los romanos. Otras (muchas, la verdad) dicen que sienten curiosidad por sentir mis manos largas y finas sobre su cuerpo, con la misma delicadeza con que tomo el violín. Gina dice que le gustan de mí muchas cosas, que mi modestia me impide nombrar. A pesar de mis protestas, fui el elegido. No pude negarme, puesto que la votación me señaló por mayoría absoluta como «el ganador». Hasta Inés, que está muerta por mí, dio su voto. Y bueno, tuve que aceptar.

Todos estábamos con varias copas de más, cuando nos despedimos hasta el día siguiente.

A la tarde, cuando pensé que todos se habrían olvidado del tema, me recordaron mi «compromiso».

Dos años de compañerismo y farras se jugaban. Si no cumplía con lo pactado, sería mi muerte civil en el grupo.

Cecilia no miraba ni hablaba a nadie en la Academia. Los días miércoles pasaba de la sala de canto a la de piano justo en la hora de mi receso. No había urdido ningún plan. Y no se me ocurrió -33- otra cosa que sentarme frente a ella y mirarla intensamente para abordarla. Ella

ejecutaba los ejercicios sin mirarme, hasta que comenzó a errar con las teclas. A los cinco minutos reaccionó de una forma totalmente inesperada. Se levantó, cerró el piano y me dejó mirando el taburete vacío.

Me sentí como un tonto. Ya en el bar, comenzaron las chacotas. Que esa estrategia era démodé, que vaya al ataque en forma «frontal» y otras cosas más...

Al día siguiente no vi a Cecilia. No nos coincidían las horas de estudio, pero el viernes, aproveché mi hora libre. Con falta de creatividad, me senté nuevamente frente a ella y le clavé los ojos sin inmutarme. Ella aguantó unos minutos, hasta que explotó. «Si no tenía nada que hacer que lo hiciera otro lado, que no me daba cuenta que molestaba y que hablaría con el profesor si seguía acosándola».

Cuando más se indignaba, más bonita se veía. Descubrí con sorpresa, que me gustaba mucho.

En silencio me retiré del lugar, algo amoscado. Me evaporé antes de la salida para no soportar las bromas de todos.

Esa noche ocurrió por primera vez. ¡Lo juro! Tanto pensar en Cecilia, que Gina se convirtió en una molestia. Se sintió muy ofendida. Me envió enfadada a dormir al sofá. No cesaba de repetir «tu juventud no te sirve de nada» y «seguro hay otra mujer».

Realmente me intrigaba Cecilia. Ella se negó a hablar conmigo cuando probé otras tácticas que no vienen al caso narrar ahora. Comenzó a obsesionarme: no me la podía sacar de la cabeza ni un momento del día. Me despertaba y pensaba en ella, Gina me hablaba de una cosa y yo le contestaba con otra totalmente diferente. Últimamente me fastidiaba todo de ella: sus chistes subidos de tono y hasta su fogosidad, que tanto me había gustado al comienzo de nuestra relación. La estaba eludiendo todo lo que podía, pues de «placer había pasado a deber». Eso le quita -34- el encanto a cualquier cosa. Pero eso no era todo. Comencé a evitar ciertas «escapadas» con Alicia, la pianista del tercer curso después de haber tenido la malísima idea de llamarme por teléfono a casa. Y estaba Inés, que dejó en algún lugar su timidez y pasó definitivamente a la acción. Me acorraló. Acabé haciendo todo lo que ella quería. Aclaro que no fue ningún «sacrificio», al contrario. Pero en estos días no estoy a la altura de las necesidades de mis «amigas». Y claro. Ya descubrí a la culpable: Cecilia. Nadie la conocía, ni sabía dónde vivía. Debía tener dinero, si podía estudiar en la Academia. Creo que el más pobre era yo, que si no tuviera dos empleos no podría estar allí...

La situación duró más de un mes.

Volví alterado a casa porque me había impresionado el accidente que había tenido Alicia al cruzar una avenida. Tuve una terrible discusión con Gina, me fui dando un portazo. Salí a caminar para ver si me aplacaba. Lo hice lentamente, sin rumbo fijo. Media hora más tarde me encontré en la boca del metro. ¡Cuántos años que no entraba a uno! Más de cinco. Siguiendo un impulso bajé los escalones, saqué un ticket de la máquina. Subí sin saber adónde iba. Había mucha gente yendo a sus hogares. Eran las diez de la noche y en cada estación, subían y bajaban los pasajeros. Cuando faltaban dos para llegar a la última parada, entró al vagón una extraña pareja. Él tenía un bandoneón y prestamente ejecutó Venecia sin ti. La mujer comenzó a cantar al instante. ¡Casi me mata la sorpresa! A pesar de no verle el

rostro, reconocí la voz de Cecilia. ¿Mi Cecilia? Unos minutos después, recogió monedas en un cacharro que presentaba a cada uno de los pasajeros. Algunos entusiastas seguían aplaudiéndola. Palideció cuando me vio. Sus ojos azules tomaron dimensiones extraordinarias, respiró boqueando como si le faltara el aire y como un autómata, retrocedió sin dejar de mirarme a los ojos, hasta diría con cierta desesperación. El brillo de unas lágrimas fulguró brevemente en sus mejillas. Fue hacia el hombre que tenía -35- el bandoneón. Fila dijo algo, él abruptamente dejó de tocarlo, me miró con desagrado y apenas abierta la puerta se perdieron en la noche.

Caminé tras ellos con prisa, pero ya sea por la cantidad de gente o porque quisieron esconderse, no pude encontrarlos.

Volví a casa. Me acosté en el sofá de la sala, sin poder dormir debido al descubrimiento que había hecho. ¿Quién sería el hombre que estaba con Cecilia? ¿Su marido? ¿Su amante? Sólo de pensar en ello sentí unos celos terribles, que sabía eran sin fundamento, ella no era nada mío, ni siquiera amiga mía. ¿Sería la primera vez que cantaba en el metro para reunir dinero? ¿O era un «trabajo» habitual? ¡Y la mirada llena de terror que leí en sus ojos! Era lógico que no quería que nadie se enterase de lo que había visto. ¿Pensaría que divulgaría su secreto? Me sorprendí advirtiéndome que jamás lo haría. ¿Por qué? ¡Qué sé yo! Pero la curiosidad me dejó insomne hasta la madrugada. Cuando al fin el sueño se apiadó de mí, Gina vino a pedirme, perdón, que no podía estar sin mí, que la cama vacía era inmensa, que me necesitaba y no sé qué otras cosas más. Pensé que no debía fallarle otra vez. Salí airoso pensando en los grandes ojos de Cecilia.

Decido hablar claramente con Cecilia. Pero no quiero que nadie de la Academia se entere. Ya no me interesa el estúpido pacto que sellamos con la barra de amigos, sólo quiero decirle que la amo.

Pero ella no aparece. Como tampoco apareció el viernes. Y las semanas siguientes. Las bromas continuaron hasta que un mes después, ingresó al primer curso de piano una beldad extravagante de hermoso cuerpo que acaparó la atención de todos. Y se olvidaron de Cecilia. Pero yo no.

Comencé a buscarla en el metro. Pero no volví a encontrarla. Ni al músico que la acompañaba.

-36-

Una noche, hice el mismo itinerario que había seguido cuando la vi por última vez. Me bajé en la terminal sin saber qué rumbo tomar.

La primavera estaba en el aire. Respiré profundamente, sintiéndome libre. Me adentré en unas calles transversales hasta llegar a una plazoleta pobremente iluminada. Me senté fatigado en un banco de piedra. Quedé en silencio mirando las estrellas.

Varios autos se estacionaron a lo largo de la calle. De ellos bajaron gente que se dirigía a un restaurant. Yo oía con indiferencia las voces, las risas y la música que me traía la brisa que murmuraba entre las hojas de los árboles oscuros.

Una hora después decidí volver a casa. Caminé con lentitud y quedé petrificado en la vereda. La voz de Cecilia me impactó produciéndome una sensación semejante a una descarga eléctrica. Venía del restaurant que se veía unos metros. Una energía inusitada movía mis piernas que en cuestión de minutos me llevaron ahí. Era un edificio antiguo, amplio. Se llamaban

«Il frutto proibito» según el cartel de su fachada.

Su voz y los lamentos del bandoneón hechizaban al público, fascinado con la actuación del dúo. Me senté en un lugar alejado del escenario, cerca de la puerta. Tomé un cappuccino. Aplaudí, como todos los demás, cuando terminaron su actuación.

Se retiraron detrás de una puerta transversal. Pregunté al mozo el nombre de la cantante. No, no sabía. Pero un comensal sentado a mi derecha se metió en la conversación. Dijo que la chica se llamaba Cecilia. No, no sabía si era la esposa del músico, tampoco dónde vivía, pero ahí estaba ella si quería preguntarle.

Ella venía con el hombre y sin medir consecuencias, la detuve.

Se sorprendió al verme. Palideció. Me miró por unos instantes que me parecieron siglos. Hasta creí advertir cierto interés en mí. Dijo algunas palabras al tipo del bandoneón. Éste me miró a los ojos con mirada triste, pero no dijo nada.

Yo la tomé de la mano. Me dirigí hacia la puerta. Dócilmente -37- me siguió.

El aire fresco de la noche nos envolvió. Ella miró con temor a ambos lados de la calle. Me pidió que la llevara a algún lugar donde nadie pueda vernos. ¡Esas palabras me alegraron el corazón!

Tembló como una paloma asustada cuando entramos a la pieza pequeña del hotel. Nos miramos en silencio. Casi no hablamos. Dejamos que lo hicieran nuestros sentidos, por horas. Cuando quise volver a empezar, ella dijo que debía volver. La razón regresó a mi mente. Los interrogantes surgieron unos detrás de otros. No, no podía volver a la Academia de música porque estaba yo ahí. No, no es porque la vi cantando en el metro, sino porque mi vida corría peligro. ¿Mi vida? ¿De qué hablaba? Musitó algo de un ex marido psicótico, que juró que mataría al hombre que se le acercará. No, ya se divorció. Su locura fue la causa por la que el matrimonio durara sólo un año. Pero le advirtió que no sería de nadie. Y sabía que no hablaba en vano. El primer pretendiente que tuvo, Vittorio, apareció muerto en la puerta de su casa. Todos creyeron que fue un accidente. Pero ella sabía que era él. Por eso no tenía amigos ni hablaba con nadie, para no ponerlos en peligro. Dijo también que se sintió atraída por mis ojos (¡otra vez!) y no pudo evitar enamorarse de mí. Lo comprobó cuando me vio en el metro. Supo que la buscaba, no sabía cómo, pero lo supo. Y decidió desaparecer para salvarme. Ahora, si él llega a saber que estuvimos juntos, seré hombre muerto.

Me pareció tan fantástica su historia que en vez de asustarme me sentí más excitado. La convencí para amarnos una vez más.

Una claridad lechosa anunció el amanecer. La calle estaba desierta.

Caminamos de la mano siguiendo el sendero que nos llevaría a su casa. Musitó algo sobre que su padre estaría preocupado cuando un estampido retumbó en la silenciosa mañana. El chillido de Cecilia se confundió con el segundo disparo que se -38- perdió en el eco del primero. Los neumáticos del auto que arrancó con violencia protestaron.

Cecilia siguió gritando mientras miraba con incredulidad la sangre que brotaba de mi camisa blanca.

Creí volar. Un relámpago plateado se encendía en mi mente. Cecilia estaba pendiente de mi mirada. Me sujetaba con cariño la mano.

La ira le impidió respirar. No podía soportar que él no estuviera con ella. Sí. Prefería verlo muerto. Como a Vittorio, que no creyó en sus amenazas. Murió con la sorpresa en los ojos, cuando se le escapó la última gota de sangre por la boca, esa boca traicionera que había besado a otra mujer minutos antes.

Creyó que con la muerte de Alicia acabaría todo. Pero no fue así. Él tenía otra. Y eso no lo podía soportar. No, no. Sólo tendría que terminar lo que no pudo, días atrás. Sabía que extrañaría la música perfecta que sabía arrancar de su violín.

Si no era suyo, mejor muerto.

Gina entró en la blanca pieza del hospital. Sostuvo firmemente el revólver que sacó de su cartera y apuntó con decisión.

-39-

Voz ronca al teléfono

-[40]- -41-

Supe que Adriana estaba locamente enamorada de Sergio. Eso me puso muy contenta. Él es un buen candidato. Es mi única hija y debo asegurarle el futuro. No es que sea interesada, como dice mi comadre Betty. ¡Claro que no! No me molesta que tenga dos o tres estancias llenas de animales en el campo, unas tres casas en la capital y dos negocios sobre la calle Palma. Lo importante es que ella dice quererle. Pero... ¿la quiere él? Hace dos años que viene a la casa como novio, pero nunca se decide. Y eso que mi Adriana es una mujer hermosa, qué digo hermosa, ¡hermosísima! Tiene rasgos muy bellos, cejas negríssimas que realzan de una manera extraordinaria sus ojos color turquesa, nariz recta pequeña, labios carnosos y cutis de terciopelo. Cuerpo de medidas perfectas. ¡Y su formación moral! Es un alma sensible. Sufre por todas las injusticias del mundo. Su único defecto, si puede llamarse así, es su timidez. Ya cumplió dieciocho años el mes pasado. Sé que sigue jugando con las muñecas que tiene guardadas en el placard. La descubrí muchas veces hablando con ellas.

¿Habré hecho mal en enviarla al colegio de monjas en la secundaria? La verdad es que las chicas de hoy se portan de manera diferente. ¡Bueno! No es que me queje, ¡al contrario! Sin ir más lejos, la hija de la vecina, va a la discoteca todos los sábados a las dos de la mañana. Viene después de salir el sol. ¡Y tiene dos años menos que Adriana! ¡Gracias a Dios que ella no la acompaña! No es mérito mío, debo admitirlo. Dice que no le gustan las relaciones de «una noche» que tienen sus amigas. Se queda a leer esas novelitas rosas de Corín Tellado en las que la heroína es más pura que la Virgen María. Un beso puede dar origen a cataclismos y borrascas terribles.

Ella me aseguró con orgullo que era virgen. La razón: ¡porque no estaba casada!

Pero ayer Adrianita me contó con los ojos llorosos e inflamados que habían visto a Sergio con una hermosa mujer. Se había dado cuenta de lo mucho que lo amaba. Y si él no se casaba con -42- ella, se haría... monja.

¡Monja! ¿Mi única hija? ¡Sobre mi cadáver!

Logré calmarla, después de asegurarle que estaba equivocada. Sabía que él

la amaba. Estaba segura que se casaría con ella.

Así que me convertí en detective privado por unos días. Mientras Adrianita iba a la oficina, yo comencé a seguir a mi futuro yerno porque de serlo, ¡lo sería!

No tuve que esperar mucho para orientar mis pesquisas.

Esa noche oí por el teléfono que tenemos en el dormitorio la conversación que estaba teniendo en la sala con Adriana. Después de todas las lindezas que se dicen los enamorados, Sergio avisó que no vendría para llevarla al cine, «porque el capataz avisó que una de las yeguas árabes pariría esa noche y debería ir a Paraguairí». Si era una mentira, estaba bien elaborada porque efectivamente tienen una estancia en ese lugar, donde crían caballos. Ella lo despidió muy mimosa. Quedaron en verse al día siguiente.

Pensé que podría ser una excusa para verse con otra mujer. Yo lo averiguaría. Dije a Adriana que iría a casa de Betty. Fui directamente a apostarme frente a la casa de Sergio. Bueno, no tan enfrente. Vi en las películas policiales que se debe hacerlo en forma disimulada.

Llegó la noche. Me saqué el lente de sol. Me lo había puesto para no ser reconocida. Además, ya no veía nada con él. Opté por un sombrero de pana negra. Ocultaba bastante mis facciones. El pantalón que usaba en vez de mi clásica pollera era del año pasado. Me avisó varias veces que había engordado cinco quilos. Me estaba matando. Pero mis pensamientos se detuvieron al instante cuando el gran portón de hierro se abrió electrónicamente. Sergio. Iba al volante de una camioneta lujosa.

Y comencé mi misión de Sherlock Holmes. Entré con rapidez al auto, con tanta mala suerte que se reventó el pantalón. Ahogué una maldición mientras la tela áspera del tapizado me hacía cosquillas en las piernas.

Esperé prudentemente unos minutos -43- (¡casi lo pierdo por mi cautela!) Y fui tras él. Tomó un camino secundario. Se dirigió hacia la ruta que va al interior. Sólo pude seguirlo unos kilómetros. Mi «escarabajo» apenas llega a ochenta kilómetros por hora.

Pero tuve una idea. Si realmente iba a la estancia, sólo debía llamar por teléfono y lo sabría. Esperé prudentemente en un pueblito sobre la ruta. Me bajé en un parador que ostentaba pomposamente el nombre de «Quiosco cinco estrellas». Pedí una gaseosa. Me dirigí a la mesa más oscura y alejada de la puerta. Busqué mi libretita de direcciones. Marqué el número. Sergio preguntó quién hablaba. Me corté en el acto: no podía darle mi nombre. Sin darme cuenta pronuncié «Adriana». Dijo que una falsa alarma, que pasarían todavía unas horas para parir «Maravilla», que quedaría a controlar todo, y qué casualidad, justo iba a llamarme, o sea, a Adriana. También dijo que nunca se había dado cuenta que mi voz era muy ronca y sensual. Hizo una pausa. Con un tono mimoso preguntó:

-¿Para cuándo?... ¿Cuánto tiempo más deberé esperar?

Como no sabía a qué se refería me tiré a lo que me imaginé y ¡bingo!

Acerté. Di las razones que siempre se dan; que sólo sería suya cuando fuera su esposa porque mi formación religiosa y que esto y que lo otro.

Dijo que tenía pensado casarse, pero no sabía todavía cuándo.

Entonces se me ocurrió una idea, fue como un relámpago y la llevé a la práctica, sin pensar en las consecuencias. Le dije que mientras no se decidiese, podríamos hablar de «eso» por teléfono porque era peligroso y

«podíamos quemarnos» si lo hablábamos a solas. Pero había ciertas condiciones, desde luego. Las enumeré: serían dos veces a la semana, lunes y viernes, de ocho a nueve. Prohibido hablar personalmente de ello a solas porque de lo contrario se acabaría todo. Y las aceptó todas riendo. No esperaba oír las cosas que oyó. Bueno, tengo cierta experiencia con ese tipo de «conversaciones». Comencé a hablar con -44- un repertorio muy tórrido.

¡Quedó loco! ¡Le encantaba mi voz ronca y sensual! A medida que hablaba se puso muy erótico, me preguntaba cosas y yo contestaba exagerando todo. Comprendí que se me había ido la mano, por no decir las palabras y me despedí hasta el viernes, no sin antes recordarle las condiciones para seguir platicando por teléfono de «esa manera». Con un jadeo seguido de un largo suspiro me contestó que sí.

Sergio llegó a las ocho en punto. Habló con Adriana. A la media hora se acercaron a la biblioteca, donde me encontraba leyendo un libro. Antes de que dijeran una palabra presentí de qué se trataba. Efectivamente, Sergio pidió formalmente la mano de Adriana. Lógicamente no puse reparos. Un mes después se casaron.

Mi nieto Sergio juega a mi lado mientras mi hija habla por teléfono con su marido. Me dice que quiere saludarme. Le digo que lo haga por mí. No es por nada, pero con mi resfrío, hoy tengo la voz excesivamente ronca.

-45-

Corra por su vida

-[46]- -47-

Hoy me ascenderán. Al fin saldré de la zona donde sólo cavo trincheras. Me asignaron la guardia permanente de un prisionero de grueso calibre. Un general. Personalmente, «El chico», nuestro jefe, me lo comunica. Es el mejor regalo de cumpleaños que me podía hacer, sin saberlo, claro. En la selva, nadie sabe que ayer cumplí diecinueve años. A excepción de Nina. En la zona oscura se ve mucho movimiento. Se oye el zumbido de las balas. Sé que no debo preguntar nada. Las órdenes para mí ya están dadas. ¡Y me siento muy honrado de cumplirlas! Es más, estoy esperando que aparezca ese sucio capitalista, desalmado rico que no le importa la pobreza de nuestra gente con tal de ganar dinero. ¡Sí, jefe «Chico»! No podría elegir mejor guardián. Ese hombre saldrá de aquí sólo para el paredón.

Ramírez, mi secretario, trae a un hombre obeso al despacho. Sé que tiene alguna noticia sobre la guerrilla. Si pudiéramos atrapar a «El chico» desbarataríamos por un tiempo a una jauría de perros sedientos de sangre. Con el pretexto de buscar la libertad mataban y asaltaban sin compasión. Lo hago esperar. Lo observo por una ranura realizada en la pared. Son las tres de la tarde. El calor se siente en todos los poros del cuerpo. El ventilador de techo gira lentamente, meciendo el aire tórrido atrapado entre las paredes de mi austero despacho. El gordo «grasa sucia» saca un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón. Se enjuga el sudor de la frente, que cual catarata busca una caída libre hacia su rostro, siendo detenido en su intento por dos pobladas cejas que casi se unen sobre sus ojos pequeños, que me recuerdan a una rata. Se sienta en el extremo de la

silla que le pasó sin mucha ceremonia Ramírez. Bajo las axilas se ven oscuras manchas. Delatan el calor que está soportando. Entro por la puerta del fondo.

El gordo pega un salto. Me saluda con excesiva cortesía. Sus ojos huidizos no pueden detenerse en mi mirada. Los posa en mi camisa, en mis labios, en mis manos, en las suyas, en cualquier parte, y habla, habla y habla.

Recibe la paga prometida y la promesa de que nadie dirá una sola palabra de las muchas que pronunció.

Llamo a los hombres de mayor confianza. Planeamos todo. El recuerdo -48- de mi sobrina descuartizada por el coche bomba me impulsa a unirme al grupo. Quiero estar presente cuando capturemos a ese asesino.

Los camaradas tuvieron mucho trabajo hoy. Enterraron a muchos hombres. También al «soplón» «grasa sucia» porque mi jefe se enteró que cobraba en arribos bandos y no quiso contribuir para la «causa». Augusto comentó que tuvo que hacer un hoyo mucho más ancho para que cupiera el gordo.

El sol se oculta lentamente detrás de la montaña. Una franja de luz se resiste a partir entre dos picos más altos. Los loros callan. Buscan sus árboles para pasar la noche. Con ella arribará también el prisionero que pasará en la «choza» sus últimos días.

Cuando llegamos al lugar indicado por el gordo, una intuición negativa me hizo latir el corazón más aceleradamente. El silencio era tan exagerado que debía ser anormal. Y lo era. Cuando me di cuenta, mis hombres yacían muertos alrededor. No tengo mucho tiempo para pensar. Un dolor lacerante me lleva a un pozo que gira, gira sin cesar.

Un grupo de soldados viene hacia la «choza». Augusto trae a alguien que parece herido. Es un hombre de edad indefinida. La cabeza sobre el pecho y la camisa verde manchada de sangre. Me pide la llave y abre la puerta. Lo descarga en el jergón sin miramiento alguno. Sale silbando una cumbia que está muy de moda en estos días.

Sólo hay oscuridad. ¿Será esto el cielo? ¿Un lugar oscuro donde sólo se oyen chicharras y algún que otro aullido de mono? El dolor intenso que siento en el brazo me saca de mis reflexiones prontamente. En todo caso será el infierno, pienso. No hay luz, pero por algunos intersticios de la pared se insinúa una débil claridad que pinta de gris oscuro a la penumbra. ¿Dónde estoy? Bastaron unos -49- segundos para que mi mente recordara los últimos momentos de la tarde. No habíamos capturado a «El chico». Él nos había atrapado a todos. Con horror recuerdo que los demás, éramos diez, habían caído frente a mí, muertos. No tengo miedo de morir, pero lamento que no pude detener al que llevaba la muerte a mi pueblo. Y también la pérdida de mis hombres, que dejaron una familia. Como yo. ¡Familia! Juan, mi hijo mayor, se haría cargo. Pero... ¿quién borraría las lágrimas de los ojos de Clara, mi compañera de tantos años y de las niñas? Era una tarea hartó dura, que sería difícil realizar.

Los quejidos dentro de la «choza» son más audibles. ¡Es el infame capitalista! ¿Cuánto tiempo lo tendrán aquí? Me molesta que esté herido. Aunque no debe saber nadie lo que siento. Lo considerarían una debilidad. No puedo negar que me cuesta odiar a un herido.

Tengo mucha sed. Oigo una voz lejana que clama pidiendo agua. ¡Otro sediento! ¿Dónde estará? La puerta se abre con un chirrido. Atrevidamente se mete una luna despintada en la celda.

-¿Qué quiere?

La voz juvenil con marcado autoritarismo apaga la palabra que mis labios habían estado implorando, sin darme cuenta.

-Agua -repite.

El joven vacila. Me acerca a los labios una lata, es una cantimplora. Bebo hasta que me la saca. Me ordena que me acueste y duerma.

¡No estoy muerto! El dolor terrible de mi brazo me lo dice. También la bendición del líquido corriendo por mi garganta seca.

¡No sé qué me pasó! Mi deber es impedir que este hombre se escape antes de ser ajusticiado, como dijo «Chico», no de hacerle de enfermero. Pero... ¿quién se enterará? Nadie. Además, sólo estará una o dos noches, lo que tardará «Chico» en volver del pueblo de Zalúa. Después, tendré otra misión.

Nina me trae el desayuno. Dice que me extrañó por la noche. Me -50- niego a que venga hoy, como ella me pide, a acostarse «bajo las estrellas teniendo de almohada tus brazos». Me parece imprudente y se lo explico, pero ella por toda respuesta me cuenta con picardía cómo tiene «brazos para elegir» si no le brindo los míos. No me gusta mucho lo que dice. La convengo que es sólo por esta noche porque el tipo ese no vivirá tanto. Se aleja con un movimiento de su falda tosca, para mí muy sensual, después de dos noches sin tenerla entre mis brazos. Trato de no pensar en su fogosidad. En lo que le haría si la encontrara con otro, mientras engullo las galletas con el cocido.

Yo no sé por qué le dan de comer a alguien, si después lo van a matar.

Abro la puerta con precauciones. Sé que el prisionero puede ser peligroso. Pero está dormido con la boca abierta, respirando ruidosamente. La luz de la puerta deja ver la palidez extrema de su rostro. Contrasta con la sangre seca de su ropa.

Dejo la lata de cocido al lado del jergón. Pero el hombre se despierta y con una voz bien timbrada dice:

-Gracias.

Cuando iba a responder: «De nada», recordé que era mi prisionero y callé.

-¿Cómo te llamas?

¿Para qué quería saber mi nombre? Con todo el desprecio que pude le respondí que a él no debía importarle, que era un despojo humano y que mañana moriría, tal vez al amanecer.

Respondió cosas raras que me hicieron pensar por horas. Que si moría, era porque Dios lo había dispuesto así. ¿Qué Dios? ¡Era «Chico»! ¿Cómo no se daba cuenta? Y que me perdonaba. Pero... ¡este hombre estaba loco! ¿Qué tenía que perdonarme él? Tal vez, sólo tal vez, se refería a que si yo lo mataba, era para cumplir una orden. Como buen militar debía cumplirla. Y él comprendía eso. Me extrañó su tranquilidad sabiendo que su hora estaba cerca.

A las diez vino un soldado a relevarme. Debía volver a las cuatro. Nina me preparó un almuerzo exquisito, que sólo me daría después que fuera «cariñoso» según sus palabras. Era lo que menos quería hacer después de una noche sin dormir. Estaba exhausto. Pero cuando ella se propone algo, lo consigue.

Creo que amaneció un día de sol. Sé que éste puede ser el último -51- de mi vida. A pesar de los dolores que siento, tomo el cocido que me sirve

el mocetón de mirada ingenua que quiere ser severa. Pero intuyo que en el fondo, tiene intacto el corazón. No han podido convertirlo en una máquina. Todavía. Si no hubiese sido así no me hubiera dado agua. ¡Pobre muchacho! Le están por lavar el cerebro. Lo noté cuando dije que lo perdonaba. Estoy contento. Nina siempre me deja con el ánimo por las nubes. A nadie se lo digo, pero me da pena el prisionero. Augusto me ha dicho que su vida es muy corta. No vivirá veinticuatro horas.

Entro en la «choza». Lo veo caminando en círculos por el reducido espacio. Le digo que me llamo Damacio y que morirá pronto. Se lo digo todo de golpe esperando los insultos. Pero el hombre sonrío y me habla dulcemente. Me dice que no teme a la muerte. Sólo espera que su familia no sufra mucho y que me perdona. ¡Otra vez con el perdón! Trato de eliminar la ironía cuando le pregunto qué es lo que me perdona. «Que cumplas con tu deber. Si tu deber es matarme, debes hacerlo. Y yo te perdono». ¡Conque era eso! Súbitamente recordé que los cuidadores de prisioneros tenían el «honor» de ser sus ejecutores. No sé por qué la mirada límpida de este hombre me hace dudar de la honorabilidad de esa acción. ¿Quiere decir que debo matarlo? ¿Yo? Para disimular el caos de mis pensamientos le pregunto si puedo hacer algo por él. Dice que sí. Pienso que me pedirá que lo deje escapar. Pero no. Me pide una Biblia. Sé que Nina tiene una sobre la mesita de luz, debajo de la imagen de San Antonio. Le respondo que se la conseguiré. Enseguida. No quise decirle que si tardaba no la podría leer.

¡Pobre joven! Es un alma perdida. Sé que aún vive en su corazón la bondad, batallando contra el mal. ¡Cuántos como él serán engañados y reclutados para convertirlos en mercenarios de un déspota! Odio la miseria que lleva a perder la dignidad del hombre. Estoy seguro que será mi verdugo. Y eso cambiará su vida para siempre. Me trae una Biblia sin tapa. Dice que es de su novia. Es todo lo que puede hacer por mí. Casi con vergüenza dice que no sabe leer. Le pregunto -52- si quiere que lea algo para él. Asiente en silencio. Le leo varios pasajes que lo desconciertan. Sus ojos están abiertos por la sorpresa. Tienen un brillo diferente. Horas después, se despide murmurando por lo bajo. Alcanzo a entender que cualquier cosa que pase esta noche no será culpa suya. Evita mirarme a los ojos y se va. Sigo leyendo muchos pasajes de la Biblia, me reconfortan mucho. Me preparo para morir. Elevo una plegaria a Dios por mi familia. Mis ojos se llenan de lágrimas, no por mí, por ellos. Sé que sufrirán porque nos amamos mucho.

La oscuridad de la «choza» se vuelve más espesa. No distingo ni mi mano. Inesperadamente, una estela de luz ilumina la reducida celda.

Damacio me habla con voz temblorosa. Musita que no puede matarme, que huya, que escape, que me da una oportunidad.

Cuántas veces se ha matado así a los prisioneros. ¡Corre por tu vida! Y con puntería certera la detienen en la carrera. Así que el pobre Damacio debe matarme. No quiero que quede marcado por mi muerte. Se lo digo. Niega que deba cumplir orden alguna. Quiere que huya. ¡Pobre! Yo soy el que va a morir y tengo lástima de mi verdugo. Sé que me disparará al huir. No importa. Me levanto y le reitero que lo perdono. Mi familia también lo perdona. Me pregunta si no confío en él. Le respondo que cumpla con su deber. Lentamente le doy la espalda y salgo afuera. El fusil está en su mano derecha.

-¡Corra, corra por su vida!

Y hago así. Mis piernas se mueven despacio. Un paso detrás de otro. Y otro. Y otro más. No oigo todavía el disparo. Camino en vez de correr. Me parece oír el sonido del fusil al descerrajarse.

Corro, corro por mi vida. Primero tambaleante, después con decisión. El corazón salta y va de la boca al pecho, del pecho a la boca. El bosque es oscuro, la muerte también, apenas respiro, sólo corro, corro y corro. Mis tímpanos parecen explotar y mis ojos quedan ciegos ante el esplendor. El auto se detiene y alguien me recoge en la ruta. El milagro se ha producido.

-53-

Primera comunión

-[54]- -55-

Iván

¡Qué hermosa está Purita! Su cuerpo conserva las curvas que tanto me gustaban y sus ojos tienen el mismo desafío de siempre. No sé si produce ese efecto en todos los hombres, pero su magnetismo sigue vivo para mí. Por breves momentos nuestras miradas se encuentran y creo ver en ella la complicidad que siempre nos unió.

Su marido ha engordado y aparenta más años de los treinta que tiene. Creo que me sonrío, pero no, el saludo es para Pedro, que se encuentra a mi izquierda y le corresponde con una sonrisa.

El calor es sofocante. La mañana de diciembre clara y festiva. Las palabras del sacerdote me llegan como ráfagas de viento, perdiéndose muchas de ellas entre la numerosa concurrencia y algunos llantos de bebés que son callados a medias por sus madres.

¡Ay, Purita! ¿Cuántos años pasaron? ¿Ocho? ¿Nueve? Supiste despertar a un león dormido que creí muerto. ¡Cuántas sensaciones contradictorias!

¡Cuánto disimulo para seguir gozando de tus delicias! Hacías honor a tu nombre, pues eras una flor pura, que entregó sus virginales pétalos que cayeron como un río torrentoso dejando el primer dolor atrás para dar inicio al océano de lujuria, pasión, miedo, alegría, felicidad, ternura y esperanzas. Me sentí tan feliz de ser el primero.

Pero tu vientre fue pródigo y el fruto prohibido comenzó a crecer. ¿Qué hacer? Tu novio Luis siempre te había respetado, o mejor, nunca dejaste que te tocara, porque eras sólo mía. Pero nuestro sueño debía terminar, pues podía ser descubierto todo. Hallaría un padre al hijo que venía sin ser llamado.

¿Y quién mejor que Luis? Tuve que enrollar mis celos y permitir que fueras suya.

No quise oír los pormenores de tu carne sacrificada por nosotros, ni su alegría ante la entrega tanto tiempo requerida y sorpresivamente conseguida. Pero lo habías hecho por los tres.

Y todo volvió a su lugar, la rutina, la ausencia de sueños, mi cómoda

normalidad.

El calor me agobia, me siento mal. Pero debo resistir. No puedo fallarle a Guadalupe, mi hija. Ojalá nadie se dé cuenta de nuestro parecido. En realidad, me parece idéntica a una foto que me sacaron en el quinto grado.

Sacando fuerzas de flaqueza y respirando hondo me repongo. Un suspiro profundo y sonoro sale de mi garganta perfectamente audible para Vania, quien me mira interrogadora con sus ojos verdes. Sin palabras le hago comprender que todo está bien. Mis manos son dos mariposas que aletean lentas, pero lo suficientemente elocuentes para llevar el mensaje. Ella desvía la mirada hacia el ramo de niñas que en instantes harán su primera comunión.

Aprovecho que las nenas van en fila hacia el altar para sentarme y recuperar el ritmo de mi cansado corazón. Es en momentos como este que me recrimino por ser tan débil y no hacer una dieta que me libere de mi sobrepeso. Según el doctor, bajando quince kilos y dejando el cigarrillo mejoraría mi calidad de vida. No son muchos cincuenta y dos años. Alguien canta el Ave María con una voz perfecta y su eco retumba en las tres naves de la amplia catedral. Vania la tararea en voz bajita. ¡Pobre! Sé que quiso tener otros hijos, pero una enfermedad después del único que tuvimos -Leopoldo- se lo impidió.

¡Por fin terminó la misa! La corbata casi me ahogó y el sudor corrió por mis espaldas como un grifo sin control. Con infinito placer me quito el saco en las escalinatas, saludo a mi nuera Astrid, que se cuelga de Leo como si fuera un madero salvador y alguien se lo pudiera sacar. ¡Pobre Leopoldo! No sacó mi gusto por las mujeres. Astrid es flaca, casi se podría decir una tabla y -57- su escaso, por no decir inexistente busto, la hace parecer un concripto famélico. Su rostro carece de vida, enjuto y ocupado totalmente por dos ojos saltones que parecen ver asombrados todo lo que ocurre a su alrededor.

Todos felicitan a la pequeña Guadalupe. ¡Dios mío! ¡Cómo me parece! Los ojos claros de Vania la miran sin sospechar que es hija mía. ¿Qué habría pensado mi dulce y fría esposa, ¡una santa!, si lo hubiera sabido?

Envuelta en su vaporoso vestido de tul blanco, mi hija se me acerca. -¿Qué tal, tío Iván? -pregunta con voz cristalina, mientras me da dos besos en las mejillas. Su tío Arcadio sonrío cortésmente y su «padre» me pasa la mano con amabilidad.

Me lleno de felicidad al estrecharla entre mis brazos. Purita me saluda con un beso rozándome levemente una mejilla dejándome inquieto por las sensaciones que me produce su perfume. Siento los ojos de mi mujer clavados en los míos.

Desvío la mirada. No quiero que vea el orgullo que me inspira la niña. ¡Quisiera gritar a los cuatro vientos que es mi hija! ¡Claro que no puedo! ¡Ése es un secreto compartido sólo por Purita y yo!

Vania

La iglesia colmada de gente es una colmena sonora. El calor sofoca a Iván. Lo veo sentarse y temo que sufra un desmayo. Pero no. Me hace un gesto con las manos para indicarme que todo está bien.

Las niñas se dirigen al altar para hacer su primera comunión. Parecen albas palomas dispuestas a volar con sus vestidos de blancos y transparentes tules.

¡Qué linda es Guadalupe! Tiene grandes ojos negros, me resultan tan familiares, tiene un cierto parecido a alguien, pero no sé a quién.

-58-

Desde ayer, que me enteré que lo volvería a ver, tiemblo como una colegiala. Traté de conciliar el sueño, pero diferentes imágenes se cruzaban en mi mente y lo único que hacía era dar vueltas y vueltas en la cama, abrazarme a la almohada y recordar.

¿Qué fue lo que apagó el ardiente amor que sentía por Iván? Tal vez su ausencia de romanticismo después de unos meses de casados. O sus silencios cuando estábamos juntos. Casi no nos hablábamos después del nacimiento de Leopoldo. Yo lo amaba. Deliraba por sus ojos negros y sus manos cálidas, pero los besos se fueron espaciando tanto, que pronto quedaron como un recuerdo, algo que fue y nunca más volvió. La pasión murió como un fuego apagado con un caudal enorme de agua, dejando frías hasta las cenizas.

Un cariño sosegado y el amor a Leopoldo nos mantuvo juntos. ¿O fue la inercia? Nunca lo supe.

Los días eran monótonos desde que Leopoldo estudiaba en Posadas y volvía sólo los fines de semana. La casa quedaba vacía de elementos masculinos. Purita, una sobrina lejana que vivía con nosotros para seguir sus estudios secundarios, se llevaba muy bien conmigo. Ella me contaba todo lo que pasaba en la oficina de Iván, pues trabajaba ahí por las mañanas, empleo que consiguió después de que aprobó el examen de Computación, exigido por mi marido. Por la tarde, me ayudaba en algunas tareas de la casa y me hacía compañía. Por la noche estudiaba en la Escuela de Comercio. Era como una hija para mí. Pronto tuvo novio, un tipo esmirriado de rostro aniñado, que pidió permiso para visitarla. Consulté con Iván, con miedo, porque él es tan moralista, tan estricto, que temí se negara, pero gracias a Dios, casi no opuso reparos, le concedimos los días sábados y domingos por las tardes para verse.

La mayoría de las veces venía acompañado por un hombre joven de ojos profundos y aterciopelados que después de saludar cortésmente se despedía con una sonrisa. Purita dijo que era Arcadio, -59- el hermano mayor de Luis.

Un domingo a la tarde le invité a tomar café y aceptó encantado. Purita y Luis nos acompañaron por una hora y después salieron a caminar. Iván había ido a pescar con Leopoldo y sus amigos y me encontré hablando y hablando con el joven como si lo hubiese conocido de toda la vida. La verdad es que no sé lo que pasó. Sólo sé que apenas tuvimos tiempo de recomponer nuestro atuendo y no ser descubiertos.

Arcadio estaba casado, pero eso a mí no me importaba. En realidad no me importó nada durante el tiempo que estuvo conmigo, y si no me descubrieron fue por pura casualidad porque estaba tan loca que no tomaba casi precauciones.

Pero en febrero Purita nos contó con el rostro ruboroso y los ojos llenos de lágrimas que su novio la había abandonado, se había ido a Buenos Aires y ella estaba embarazada de dos meses.

Jamás pensé que Iván la dejaría en la casa. Estaba casi segura de que la mandaría al campo, lugar de donde había venido, por haber «caído» como decía él y no haber sabido comportarse como una joven de familia.

Pero gracias a Dios la quería como a la hija que no tuvimos, al igual que yo y no la desamparamos. La consolamos diciéndole que estaba en su casa y la de su hijo si su padre no se hacía responsable.

¡Pobre chica! ¡Los hombres son todos iguales! Una vez que consiguen sus fines, no le interesan las consecuencias. Por eso mi abuela decía que debíamos decir siempre no. Primero, el matrimonio.

Pero un milagro ocurrió. Cuando Purita tenía cinco meses de embarazo volvió inesperadamente Luis de Buenos Aires arrepentido y más enamorado que nunca. Sus pedidos de perdón fueron aceptados y la boda se realizó a los pocos días.

Viajaron todos a Buenos Aires, Purita, Luis y Arcadio, y con él toda mi pasión y mis sueños.

-60-

Hoy el espejo me devolvió una imagen que no me gustó. Los leves círculos violáceos debajo de los ojos son la consecuencia del insomnio de la noche anterior. Tuve que esmerarme con el maquillaje. A pesar de que pasaron más de ocho años de «aquello» el saber que estamos bajo el mismo techo ahora me rejuvenece el corazón.

El calor se hace sentir cada vez más. Algunos chicos lloran sobre el ruido uniforme de la gran masa de gente que llena el lugar. Alguien gira la cabeza y una mirada aterciopelada se posa en mi rostro y una sonrisa viaja hasta mí con un mensaje silencioso.

-¿Cómo estás, Vania?

La respuesta está en mis ojos verdes, y él la capta.

-Ahora que te veo otra vez, viva.

Alguien canta el Ave María y la euforia que siento me hace tararearla haciendo un coro atenuado, pronunciando las palabras despacito.

¡Quiero cantar, quiero vivir, quiero amar!

¡Por fin termina la misa! Deseo tocar las manos de Arcadio. Pero debo saludar primero a Astrid que pegada a mi hijo me da dos besos fríos.

Parece una niña insegura con su incipiente panza que me dice que seré abuela muy pronto.

Guadalupe se separa de las demás niñas y viene corriendo hacia nosotros.

Arcadio y sus padres la siguen de cerca.

Siento que mis piernas se doblan ante la mirada aterciopelada.

-¿Qué tal, tío Iván? -Y después nos saluda a todos con un revuelo de su falda vaporosa. Creo que me voy a desmayar, Purita besa a Iván, aprovecho para mirar a Arcadio. ¡Ay, quisiera decir a los cuatro vientos que éste es el hombre que me saca el cartel de «muerta» y me pone el de «viva» con sólo darme la mano!

¡Claro que no puedo! ¡Ése es un secreto compartido sólo por Arcadio y yo!

-61-

Purita

Me siento emocionada al volver al pueblo donde pasé mi adolescencia. ¡Nueve años han pasado! Muchas cosas cambiaron. Ahora soy una señora con un buen pasar económico, no necesito trabajar. Luis y Arcadio heredaron la empresa de sus padres y rápidamente progresaron. Iván me sonrío con picardía. ¡Qué viejo esta! ¡Y qué gordo! Le devuelvo la sonrisa y tengo que hacer un esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas. Luis mira a Guadalupe, la que cree su hija, y su mirada se vuelve tierna, como cuando me confiesa sus debilidades y yo lo perdono. En realidad nos complementamos muy bien. Somos sinceros el uno con el otro. Él sabe de mis «amistades» y yo de sus preferencias. En la noche de bodas se sinceró conmigo. Lo consolé y lo acepté. Su secreto era conocido hacía tiempo por mí. Nos comprendimos y nos toleramos. Tal vez tengamos otro hijo, no es seguro. Antes me molestaba verlo con sus amigos. Pero después me acostumbré. Hace dos años tiene una relación con Pedro, que sabe que yo sé. También sabe que no nos separaremos y que formamos una familia unida, no precisamente del tipo común, pero que se complementa. ¡Bueno! ¿Quién puede decir lo que es una familia normal? ¿O tradicional? ¿La de Iván y Vania? Más de veinticinco años juntos, una casa, un hijo, un trabajo estable y amigos comunes. Pero... ¿y bajo la coraza? Ellos me acogieron, pero bien que tuve que pagar su hospitalidad trabajando en la oficina y en la cocina por mi comida y mis estudios. No es que eso estuviera mal, pero el viejo comenzó a acosarme desde que puse un pie en la casa. Lo mantuve a raya casi dos años (me amenazó con devolverme al campo porque mi presencia lo volvía loco, según sus textuales palabras y añadía: «El verte y no tenerte me está matando»), cuando me di cuenta que prefería que me fuera si no accedía -62- a sus pretensiones, me entregué. Pero debía ser virgen, para hacérselo creer, esperé el segundo día de mi menstruación y accedí a sus requerimientos. ¡Pobre Iván! Lloró cuando vio tanta sangre. Pero por lo menos se sacó el gusto y dejó de perseguirme por un tiempo, yo era la vestal que había bajado de su pedestal por amor. Ni se dio cuenta que no era un himen el que se había desgarrado. ¿Que por qué no me fui? No podía. Había entregado mi corazón a Leopoldo. Éramos dos corazones puros, a quienes Cupido había herido con la misma intensidad el primer día en que nuestros ojos se unieron. Él tenía diecisiete años, yo quince. ¡Cuántos cuidados para que el fuego de nuestra pasión no dejase ningún rastro! Nos amábamos cuando podíamos, menos de lo que queríamos y eso que aprovechábamos todos los momentos propicios. Gracias a Dios nunca nos descubrieron. Estoy segura de que si lo hubieran sospechado siquiera, me habrían puesto de patitas en la calle, a pesar de sus frases de «Te queremos como una hija». Para no herir a Leo nunca le conté del acoso de su padre. ¿Luis? Era la pantalla ideal. Leo conocía sus debilidades, sabía que no era peligroso que saliera con él y figurase como novia suya. Pero cuando Leopoldo fue a Posadas a estudiar nos veíamos sólo los fines de semana y me sentí huérfana sin él. Luis se convirtió en mi paño de lágrimas. Pero ocurrió algo que yo no esperaba. Unas náuseas matinales me

dieron la noticia de que Leopoldo me había dejado un recuerdo vivo en el vientre. Pero él nunca podría ayudarme. Así que le dije a Iván que esperaba un hijo suyo. El pánico le cambió el color a su rostro y el amor que decía tener por mí se manifestó en su justa dimensión. Con voz helada me dijo que debía entregarme a Luis, para que sea el padre de la criatura.

-No importa si no se casa contigo. Lo criaremos en casa, vos, yo y mi mujer. Ella no debe saber nada.

Logré mi propósito con Luis. Fue muy tierno, parecía muy asustado y todo terminó enseguida. Gracias a Dios no quiso repetirlo, -63- según él porque me respetaba mucho. Salíamos a dar largas caminatas mientras su hermano mayor, Arcadio, hacía compañía a Vania, que en ese tiempo se sentía algo enferma.

Pasado un tiempo prudencial, comuniqué a Luis que sería padre. Pareció contento. Pero, inesperadamente partió a Buenos Aires con su hermano Arcadio. Iván tuvo que contarle a su esposa la «desgracia» que me había ocurrido. Ella me dijo que no me preocupara, que mi hijo tendría un hogar en la casa. Le agradecí con lágrimas en los ojos, ella lloró con sollozos más fuertes que los míos. Me pregunté por qué sentía tanto dolor.

Leopoldo comenzó a cambiar conmigo. Los fines de semana que tanto esperábamos para poder encontrarnos por unos minutos a solas se fueron espaciando, hasta que hubo semanas en que no apareció. Un sábado vino con un grupo de compañeros de facultad y fueron todos a bailar. Comprendí que otra había ocupado su corazón. Cuando Luis apareció sorpresivamente a buscarme y a cumplir como padre me sentí liberada y lo único que quería era salir de esa casa.

Nunca volví a sentir mariposas en mi corazón, como cuando estaba con Leo, pero tengo una cierta tranquilidad, una quietud que me hace sentir conforme con lo que tengo. Luis adora a Guadalupe y ella a él.

Alguien canta con hermosa voz el Ave María antes de terminar la misa. Después, nos reunimos todos en la escalinata de piedra. Leo me mira con disimulo cuando su mujer se lo permite. Me la presenta y me dan pena sus dos congojas oscuras. Nos saludamos con cortesía. Yo no puedo dejar de mirar a Leo. ¡Es tan bello! Con una sola mirada suya se despertó todo el amor que sentía por él, dormido por tantos años. El tiempo queda en suspenso por unos instantes cuando me abraza y me da un beso en cada mejilla. Todos felicitan a Guadalupe, Leo la alza en brazos -64- y la hace girar. Ella ríe feliz.

-¿Qué tal, tío Iván? -pregunta con su fresca voz sin saber que es su abuelo, mientras nos saludamos todos efusivamente Arcadio y Luis van caminando delante de mí.

Leo me hace una seña que es imperceptible para todos. Yo le hago un guiño y él ríe con disimulo. Ambos sabemos que el fuego no estaba apagado, sólo dormido y se ha despertado hoy.

Me adelanto a los demás para que no vean el brillo que despiden mis ojos cuando veo a Leo. Quisiera gritar a todos que nos amaremos por siempre y que Lupita es nuestra hija.

¡Claro que no puedo! ¡Ése es un secreto compartido sólo por Leo y yo!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

